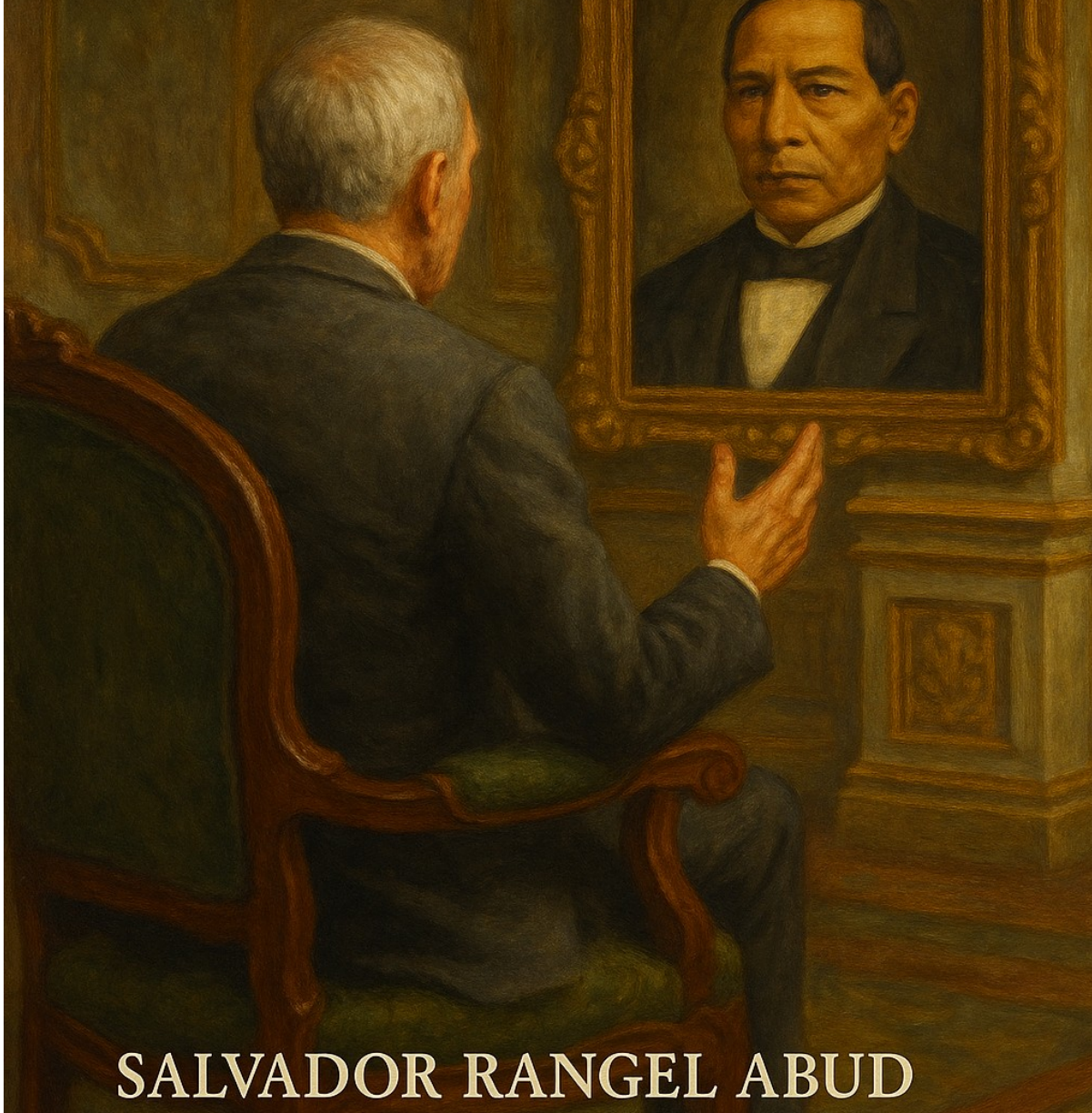


LOS SUEÑOS DE UN ESTADISTA FALLIDO



SALVADOR RANGEL ABUD

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta obra es ficción literaria de carácter satírico, político y onírico. Los personajes históricos que aparecen en sus páginas —filósofos, libertadores, revolucionarios, figuras religiosas y gobernantes de distintas épocas— son recreaciones imaginarias convocadas con fines exclusivamente narrativos y críticos, y sus palabras, actitudes y juicios son invención del autor, no declaraciones verificables ni atribuibles a sus personas reales o a sus legados documentados.

El personaje central, inspirado en una figura pública de la vida política mexicana reciente, es tratado como objeto de sátira literaria en el ejercicio pleno del derecho constitucional a la libre expresión y a la creación artística. Ninguna afirmación contenida en esta obra tiene valor jurídico ni pretende constituir imputación penal, civil o moral de ninguna naturaleza.

El lector es libre de coincidir o disentir con la visión del autor. Esa libertad es, precisamente, el tema central del libro.

LOS SUEÑOS DE UN ESTADISTA FALLIDO

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

"Los grandes hombres, como los grandes errores, nunca descansan. Y si a eso agregamos que se consideran más grandes de lo que la realidad les concede, el insomnio se vuelve una profesión de tiempo completo."

¿Qué pasa por la mente de un gobernante que confundió la popularidad con la virtud, el aplauso con la sabiduría y el poder con el destino? Esta novela satírica responde a esa pregunta de la única manera que la ficción puede hacerlo: convocando a los muertos para que hablen.

En veintidós episodios oníricos, el expresidente protagonista se enfrenta, noche tras noche, a los personajes más incómodos de la historia universal. Sor Juana Inés de la Cruz le corrige la sintaxis con la paciencia de una maestra ante un alumno díscolo. Benito Juárez le explica que citar sus frases no es lo mismo que entenderlas. Pancho Villa le cobra el Tren Maya. Karl Marx le aclara que lo suyo no fue socialismo sino asistencialismo con retórica revolucionaria. Maquiavelo lo felicita —con genuina admiración profesional— por haber reescrito El Príncipe sin saber que lo estaba haciendo. Nietzsche lo diagnostica como super demagogo. Freud identifica su neurosis presidencial. Y Jesucristo, en el capítulo final, le recuerda que el mayor mandato no está en ninguna constitución.

Cada visita nocturna construye, entre la carcajada y el aguijón, un retrato implacable del político que creyó ser mesías: un hombre que habló tanto que dejó de escuchar, que prometió tanto que dejó de cumplir, y que soñó tan alto que no vio lo que tenía a los pies.

Los sueños de un estadista fallido es una arqueología onírica del ego presidencial, una sátira política de largo aliento que no juzga al hombre sino al sistema que lo hizo posible —y al espejo que ninguno de los dos quiso mirarse.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta obra contiene sátira política de alta densidad, ironía sin anestesia, personajes históricos sacados de su contexto para ponerlos en situaciones que jamás habrían imaginado, y un protagonista que nunca termina de entender las lecciones que le dan. También contiene momentos de compasión genuina, porque incluso los estadistas fallidos merecen que alguien se tome el trabajo de explicarles por qué fallaron. El lector que busque un panfleto encontrará en cambio un espejo. El que busque un

elogio encontrará una autopsia. El que busque entretenimiento encontrará todo lo anterior.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Los sueños de un estadista fallido

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Sátira política / Ficción onírica / Novela de ideas

Extensión: novela de largo aliento

Estructura: Prólogo + 22 capítulos + Comentario final del Testigo-Narrador

Ambientación: El inconsciente presidencial / México contemporáneo

Idioma: Español

Año de publicación: 2025

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Este libro nació de una pregunta que me hacía cada mañana al ver las conferencias de prensa: ¿qué pasa dentro de la cabeza de un hombre que se cree destinado a salvar a su país? No es una pregunta de odio ni de admiración: es una pregunta de escritor. Y la única manera honesta de responderla era convocar a quienes la historia ya juzgó para que juzgaran, a su vez, a quien todavía espera ese juicio. El resultado no es una condena ni una absolución. Es, como todos los sueños, una mezcla incómoda de lo que uno teme ser y de lo que uno se niega a ver.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

sátira política · México · obradorismo · ficción onírica · populismo · historia universal · poder y demagogia · novela de ideas · crítica política · personajes históricos · insomnio presidencial · ego político · democracia · transformación · caricatura literaria

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre un expresidente sino sobre un arquetipo: el político que confunde el mandato popular con la licencia ilimitada para imponer su visión del mundo. A lo largo de sus veintidós capítulos, *Los sueños de un estadista fallido* explora la relación entre poder y autoengaño, entre carisma y demagogia, entre la retórica de la transformación y la realidad que esa retórica encubre. Convoca a filósofos, revolucionarios, gobernantes y figuras espirituales de distintas épocas no para condenar sino para iluminar: cada visita onírica es una lección no solicitada sobre lo que significa gobernar con verdad, con humildad y con consecuencia. El libro también es una reflexión sobre el papel del pueblo en la construcción de sus propios mitos políticos, sobre la tentación del mesianismo en las democracias latinoamericanas, y sobre la memoria histórica como el único tribunal que no puede ser manipulado por ninguna mañanera.

CITAS DESTACADAS

"La historia no se repite como farsa, sino como insomnio crónico."

"Usted no sueña realmente con un país libre y próspero. Usted sueña consigo mismo salvándolo de manera espectacular, como el protagonista de una telenovela histórica."

"El poder, cuando se sacraliza, deja de ser poder republicano y se convierte en religión política."

"No te vas a reelegir porque la Constitución no te lo permite. Pero dime: ¿quién va a ser tu sucesora? ¿Alguien que piense diferente a ti, o alguien que piense exactamente igual que tú?"

"Tú no gobiernas, Andrés. Tú administras popularidad."

"La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos. No de sus líderes mesiánicos con mentes obtusas."

"La moral no es lo que haces cuando te conviene. Es lo que haces cuando nadie te aplaude, cuando nadie te ve, cuando no obtienes beneficio alguno."

"Bienaventurados los humildes, porque ellos heredarán la tierra... pero no la van a rifar ni la van a usar para hacer aeropuertos."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en ***Los sueños de un estadista fallido*** un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y político que le es propio.

George Orwell (***Rebelión en la granja***): la sátira política como instrumento de verdad, el uso del humor para decir lo que el análisis serio no puede, y la denuncia de cómo los ideales revolucionarios degeneran en las mismas estructuras que prometieron combatir.

Mark Twain (***Un yanqui en la corte del rey Arturo***): el viajero fuera de tiempo enfrentado a lógicas incompatibles con la suya, el anacronismo como recurso cómico y el choque entre la grandilocuencia y la realidad como motor narrativo.

Augusto Monterroso (***Lo demás es silencio***): la ironía latinoamericana en su versión más destilada, la sátira de los grandes hombres contada desde los pequeños detalles, y el retrato político que es también retrato humano.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Por qué la sátira política puede decir verdades que el análisis serio no puede o no se atreve a decir?

De los veintidós personajes históricos que visitan al protagonista, ¿cuál considera usted que le da la lección más pertinente, y por qué?

El Testigo-Narrador se presenta como "un humilde amanuense de lo inaudito". ¿Qué implica esa figura narrativa para la relación entre el autor y su material?

¿En qué medida el protagonista de esta novela es un individuo específico y en qué medida es un arquetipo del político latinoamericano?

¿Puede la ficción satírica contribuir al debate democrático, o siempre corre el riesgo de simplificar lo que debería complejizarse?

Si usted pudiera añadir un capítulo, ¿qué personaje histórico convocaría y qué lección le daría al protagonista?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2025). Los sueños de un estadista fallido. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. Los sueños de un estadista fallido. Internet Archive, 2025.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. Los sueños de un estadista fallido. Internet Archive, 2025.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela histórica, la ficción especulativa, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, el drama psicológico, el thriller médico de denuncia, la novela genealógica, la ficción contrafactual, la novela cívica de imaginación democrática y —como demuestra esta entrega— la sátira onírica de largo aliento con vocación de espejo nacional.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

México tiene una larga tradición de reírse de sus gobernantes para no llorar de ellos. Desde los pasquines de la Colonia hasta las caricaturas del siglo XIX, desde la prensa satírica del Porfiriato hasta los memes de hoy, el humor político ha sido siempre una forma de resistencia, de lucidez y de dignidad. Este libro continúa esa tradición con los instrumentos de la novela: personajes, diálogos, estructura narrativa y, sobre todo, la convicción de que la risa puede ir donde el argumento no llega.

Los fantasmas del pasado ya hablaron. El lector tiene ahora la última palabra.

ÍNDICE

Prólogo:	Del otro lado del espejo de Palacio Nacional
Capítulo 1:	En el claustro de los espejismos
Capítulo 2:	El juicio del Benemérito
Capítulo 3:	Agua pasa por mi casa, filosofía de mi corazón
Capítulo 4:	La revolución no será televisada
Capítulo 5:	El fantasma de la sociedad sin clases
Capítulo 6:	Fuegos fatuos del poder eterno
Capítulo 7:	El palacio de los espejos sin reflejo
Capítulo 8:	El pequeño príncipe de Macuspana
Capítulo 9:	Teoría de la relatividad... transformadora

Capítulo 10:	Cuando el pasado se siente actual
Capítulo 11:	La herencia que no pidió
Capítulo 12:	La sombra del sur y el espejo del norte
Capítulo 13:	El ideal quebrado
Capítulo 14:	El crepúsculo de los ideales
Capítulo 15:	El maestro y el aprendiz en el Palacio Nacional
Capítulo 16:	El Fausto y el sueño del poder
Capítulo 17:	El libertador y el presidente que soñó con su sombra
Capítulo 18:	El guerrillero y el presidente del pueblo
Capítulo 19:	Entre el ello, el yo y el superyó presidencial
Capítulo 20:	Ética a Nicómaco... de Macuspana
Capítulo 21:	Crítica de la razón insomne
Capítulo 22:	La cruz y la corona de la transformación
Comentario final del Testigo-Narrador	

LOS SUEÑOS DE UN ESTADISTA FALLIDO

Prólogo

Del otro lado del espejo de Palacio Nacional

Los grandes hombres, como los grandes errores, nunca descansan. Y si a eso agregamos que se consideran más grandes de lo que la realidad les concede, el insomnio se vuelve una profesión de tiempo completo.

Al expresidente Andrés Manuel López Obrador —ese tlatoani tropical que soñó con refundar la patria a golpe de mañaneras matutinas y frases con sabor a plátano machacado y tamales de chipilín— el poder no le quitó el sueño precisamente porque se lo llenó de pesadillas más elaboradas que sus programas sociales.

Esta obra no pretende ser una biografía autorizada ni una pieza de historia seria —Dios nos libre de tal presunción—. Es más bien una arqueología onírica del ego presidencial, una expedición nocturna por los recovecos mentales de un personaje que creyó conversar de tú a tú con Benito Juárez, desayunar huevos rancheros con Emiliano Zapata, y que al parecer soñaba con Karl Marx mientras le acariciaba la espalda a Benito Bodoque y

jugaba rayuela con Chico Che en algún rincón de su subconsciente tabasqueño.

No sabemos si estas pesadillas se las narró realmente a su esposa Beatriz durante la sobremesa en Palacio, o si las murmuró en la hamaca de Palenque entre suspiros de nostalgia política. Lo que sí sabemos es que quien las escuchó —*ese Testigo del Tiempo que aquí se presenta como un humilde amanuense de lo inaudito*— decidió ponerlas por escrito para que el pueblo bueno, el no tan bueno, y el francamente malo las conozcan y saquen sus propias conclusiones, si es que les da la gana...y si no...pues no.

En cada uno de estos episodios oníricos, nuestro protagonista se enfrenta a personajes ilustres de la historia de México y del mundo. No son propiamente debates intelectuales —eso sería pedirle peras al olmo—, sino duelos espirituales, encuentros fortuitos de pasillo entre la fantasía del redentor autoproclamado y la memoria amarga de los muertos ilustres que se aparecen para desmentirlo, rebatirlo o, en el mejor de los casos, mirarlo con esa mezcla de compasión y escepticismo que se reserva para los políticos que confunden la popularidad con la sabiduría.

Allí está Lázaro Cárdenas sacándole la lengua desde un mural del siglo pasado, Sor Juana Inés de la Cruz corrigiéndole la sintaxis con la paciencia de una maestra de primaria ante un alumno díscolo, Pancho Villa echándole en cara su Tren Maya descarrilado antes de llegar a la primera estación, y hasta Karl Marx asomándose desde una banca del Zócalo para decirle que evidentemente no leyó más que los subtítulos del Manifiesto Comunista, y probablemente ni esos.

Cada personaje histórico, entre chanza y reproche, entre broma pesada y advertencia solemne, le deja al soñador un mensaje, una lección no solicitada, o simplemente una mueca de desencanto que dice más que mil palabras de politólogo. Porque la historia, como las mujeres despechadas, tiene memoria larga y venganza paciente.

Este libro no pretende juzgar al hombre —esa tarea se la dejamos a los historiadores del futuro, que tendrán mejor perspectiva y más tiempo libre—, ni tampoco evaluar su famosa Transformación de Cuarta, que algunos comparan con las anteriores y otros prefieren olvidar que existió. Solo pretende abrir una rendija en la conciencia imaginaria de un político que, como todos los de su especie desde que se inventó la democracia, confundió el poder con el destino, la popularidad con la virtud, y el aplauso con la aprobación divina.

Tal vez, después de leer estas pesadillas presidenciales, el lector descubra que la historia no se repite como farsa, sino como insomnio crónico. Y que los verdaderos enemigos de la patria no están necesariamente en el neoliberalismo —ese fantasma que se aparece en cada discurso como el Coco en los cuentos infantiles—, sino en los delirios de grandeza de

quienes se consideran su salvador único y personal, franquicia no transferible.

Pónganse cómodos, entonces. Apaguen la luz, desconecten el teléfono, y entren al teatro mental donde el exmandatario sueña sus fantasías de gloria eterna... mientras los fantasmas del pasado, en lugar de aplaudirle como el público de las mañaneras, los abyectos en el Congreso, o los ignorantes en la calle, lo despiertan a cachetadas para devolverlo a esa cosa tan incómoda que se llama: *realidad*.

Capítulo 1

En el claustro de los espejismos

(Sor Juana le responde en verso... y en prosa)

Aquella noche el exmandatario durmió con la inquietud del intelectual improvisado. Una duda le había carcomido el hígado desde su última mañanera matutina: ¿era él acaso un hombre de letras? ¿Un intelectual orgánico del pueblo llano? ¿Un poeta de la justicia social con diploma honoris causa otorgado por la historia misma? La pregunta lo atormentaba como un verso mal rimado, como una metáfora que no encuentra su sentido, como un discurso que se alarga más de la cuenta.

Había citado a Sor Juana en varias ocasiones, siempre con esa solemnidad de quien maneja joyas ajenas sin conocer su valor real. "Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón", había dicho una vez, aplicándolo a los fifís que lo criticaban, sin percatarse de que tal vez estaba usando un verso feminista para defenderse de críticas masculinas, lo cual tenía una ironía que se le escapaba completamente.

Cerró los ojos al compás de su tonada preferida —una mezcla entre trova yucateca y bolero revolucionario que había compuesto mentalmente durante un mitin en Villahermosa— y cayó en la trampa de sus sueños, tal y como siempre sucedía cuando tenía la conciencia demasiado tranquila para su propio bien.

De pronto, como si hubiera atravesado un portal en el tiempo o hubiera tomado demasiado chocolate tabasqueño antes de dormir, se halló dentro de un claustro colonial iluminado con candelabros hechos de libros quemados. El simbolismo era tan obvio que hasta él lo notó. Una mujer de hábitos, pluma de ganso en ristre y mirada más afilada que cuchillo de carnicero, lo observaba desde un estrado construido con volúmenes de tinta y papel. Era nada menos que Sor Juana Inés de la Cruz, quien lo contemplaba con una mezcla de asombro, ironía bien destilada, y ese cansancio eterno que produce haber sido citada en discursos oficiales durante siglos sin haber sido nunca leída con la atención que merecía.

—¿Quién osa perturbar la paz de esta biblioteca infinita con consignas de obradorismo castizo y mal entendido? —preguntó la monja, mientras

limpiaba su pluma de ganso sobre un papel que llevaba por título "Respuesta a Su Excelencia de Macuspana, Tabasco, República Mexicana".

—Yo... soy el Presidente legítimo del pueblo de México —respondió él, enderezando el cuello de su guayabera celestial como si fuera una armadura medieval—. Vine aquí a aprender de usted, Sor Juana. Usted que fue rebelde contra las convenciones de su época, usted que se enfrentó valientemente al poder eclesiástico, usted que defendió el derecho de las mujeres a la educación cuando nadie más lo hacía...

—¿Yo? ¿Rebelde? —interrumpió ella con una sonrisa que podría haber cortado cristal—. No confunda usted, mi estimado mandatario, el ansia genuina de saber con la soberbia vulgar de pontificar sin conocimiento. Yo leía para pensar mejor; usted habla para no tener que escuchar. Yo escribía para sobrevivir en un mundo que no entendía a las mujeres; usted decreta para que le aplaudan las multitudes que no entienden la complejidad del gobierno.

AMLO, visiblemente incómodo como político en confesionario, intentó cambiar de tema con la habilidad de un torero novato:

—Pero yo la admiro profundamente, Sor Juana. Hasta cité su famoso poema "Hombres necios" en una mañana memorable. Les dije a los fifís conservadores: ¿por qué queréis que las mujeres obren bien, si las incitáis al mal? Fue muy aplaudido por las redes sociales.

—¡Ay, cuánta lisonja hueca y mal aplicada! —exclamó la monja con un suspiro que habría movido las velas del altar mayor—. Eso es citarme sin comprenderme, como quien cuelga un cuadro de Velázquez en la sala sin saber qué representa ni por qué es valioso. ¿Cree acaso que por nombrarme en sus discursos me hace justicia póstuma? Si supiera usted, buen señor de Tepetitán, cuántas veces he sido usada por gobiernos de todos los colores que confundieron el barroco con la demagogia, la erudición con la cita superficial...

Ella se acercó, levitando ligeramente sobre el suelo empedrado de su claustro mental, con esa gracia que solo tienen los personajes de los sueños cuando quieren impresionar al soñador. Con un gesto teatral que habría envidiado cualquier director de ópera, invocó una lluvia de libros que cayeron del techo como granizo intelectual.

—He leído sus discursos completos —dijo, hojeando uno de los tomos que llevaba por título "Las mejores frases del presidente: antología para la posteridad"—. Y le diré algo con toda la caridad cristiana de la que soy capaz: sus palabras son como la humedad persistente del convento en época de lluvias... se filtran por todas las paredes, llegan a todos los rincones, pero no nutren nada, solo crean moho y deterioro.

—¡Pero yo hablo todos los días! ¡El pueblo mexicano me escucha religiosamente! ¡Tengo rating!

—Y sin embargo, señor presidente, ese pueblo sigue hambriento de ideas nutritivas, de propuestas concretas, de soluciones reales. ¿No ha notado usted que hablar tanto y tan seguido es también una forma muy efectiva de esconder el silencio interior, la falta de ideas nuevas?

Sor Juana se detuvo frente a él, estudiándolo como estudiaría un manuscrito antiguo lleno de errores de transcripción. Lo miró con esa mezcla peculiar de compasión maternal y severidad académica que reservan los verdaderos maestros para los alumnos estultos que solo desaprovechan la oportunidad de cultivarse.

—Presidente: usted no sueña realmente con un país libre y próspero. Usted sueña consigo mismo salvándolo de manera espectacular, como el protagonista de una telenovela histórica. Esa es su trampa personal, su laberinto mental del cual no puede salir. Yo viví encerrada en un claustro de piedra y cal, pero encontré la libertad en el pensamiento; usted se construyó un claustro de palabras repetitivas y se creyó libre por hablar mucho. Y en ambos casos, cuando el discurso sustituye al pensamiento, la libertad auténtica se marchita como flor en el desierto.

Y justo antes de desvanecerse entre un remolino de sonetos, décimas y redondillas que giraban como hojas en el viento, dejó una hoja flotando frente a él. En ella, con esa caligrafía perfecta que caracterizaba a las monjas educadas del siglo XVII, había escrito un verso apócrifo que decía:

"El poder, si no reflexiona, se convierte en sermón tedioso;

y el sermón sin conciencia verdadera... es pura simulación engañosa."

AMLO despertó sobresaltado, con el corazón latiendo como tambor de chiapaneco en feria patronal. Murmuró algo incoherente sobre "los intelectuales orgánicos del conservadurismo" y pidió a su asistente que le pusiera su música favorita de Chico Che para calmarse y volver a la realidad conocida. Nadie supo nunca por qué lloraba en silencio: si por la reprimenda poética de la monja, o por no haber entendido completamente el significado de aquel verso final que le había dedicado su subconsciente.

Mientras tanto, Sor Juana se quedó pensando: *«Vino a mí no por ansias de saber, sino por deseo de oírse en mi voz. Citó mis versos como quien blande un espejo sin mirarse, y quiso vestir su política de erudición sin desnudarse de dogmas. Habló mucho, pensó poco, y escuchó apenas. No buscaba preguntas, sino confirmaciones. ¡Ay, cuán fatigoso es dialogar con quien confunde la lectura con la consigna y la elocuencia con sabiduría! Yo, que viví encerrada para pensar libre, lo vi perdido entre palabras como quien se ahoga en su propio sermón. Si esto es la transformación, temo que la retórica ha usurpado al juicio... y el poder, a la razón.»*

Capítulo 2

El Juicio del Benemérito

(AMLO frente al retrato que finalmente le habló)

Aquella madrugada de insomnio presidencial, el exmandatario dormitaba inquieto en la penumbra solemne del Salón Tesorería de Palacio Nacional. Llevaba horas contemplando el gigantesco retrato de Benito Juárez que adorna las paredes como un recordatorio permanente de lo que significa la grandeza auténtica. Le había hablado tantas veces en voz alta a esa imagen, le había pedido consejo en momentos de crisis, le había prometido ser su digno sucesor, que el retrato, fastidiado por años de halagos mal digeridos y comparaciones improcedentes, decidió finalmente responderle. Pero no en forma de inspiración moral edificante, como esperaba el soñador, sino como pesadilla educativa con todo y examen final.

El óleo se desprendió del muro con un ruido sordo, como quien se quita una camisa apretada después de una comida abundante, y cobró forma humana: pequeño de estatura pero gigantesco en presencia, severo sin ser cruel, imperturbable como roca ante el oleaje. Benito Pablo Juárez García, con su levita negra impecable y esa mirada de águila real que había intimidado a emperadores franceses y conservadores mexicanos por igual, observó al expresidente con el desdén contenido que se reserva para los discípulos que no han hecho la tarea.

—¿Eres tú el que dice seguir mis pasos y continuar mi obra? —preguntó el Benemérito con esa voz que había pronunciado las Leyes de Reforma.

—Sí, licenciado Juárez, mi respetado prócer —respondió AMLO, cayendo de rodillas con dramatismo digno de telenovela histórica—. Yo he invocado su nombre bendito desde que luchaba en las selvas de Tabasco contra la mafia del poder neoliberal. Lo he citado más veces que a la Biblia en misa dominical. Usted es mi guía espiritual, mi luz en la oscuridad, mi prócer de cabecera, mi faro en la tormenta política...

Juárez lo interrumpió con la serenidad con la que se enfrentan los despropósitos de gran calibre:

—Me has citado abundantemente, eso es cierto. Pero a veces me citaste mal, otras veces fuera de contexto, y lo que es mucho peor, frecuentemente sin entender el significado profundo de mis palabras. Dime, por ejemplo: ¿sabes realmente qué significa eso de que "el respeto al derecho ajeno es la paz"?

—Por supuesto, licenciado. Por eso yo no intervengo en asuntos internos de otros países, por eso respeto la soberanía nacional, por eso practico la doctrina Juárez de no intervención...

—No, Andrés Manuel —lo interrumpió el prócer con paciencia de maestro rural—. Esa frase no se refiere únicamente a las relaciones internacionales. Significa que no puedes convertir tu voluntad personal en ley suprema de la nación. Ni siquiera el pueblo en abstracto te autoriza a abusar de los derechos individuales en nombre del bien común. El respeto al derecho ajeno también significa respetar el derecho sagrado a disentir,

a criticar, a pensar diferente. Y tú, mi estimado sucesor, confundiste sistemáticamente la crítica legítima con traición a la patria.

El expresidente, que aún flotaba en esa zona ambigua entre el sueño y la justificación automática, trató de defenderse con los argumentos de siempre:

—Pero yo no soy corrupto como los anteriores, licenciado Juárez. He sido austero en el gasto, he caminado con el pueblo humilde, no vivo en Los Pinos sino que duermo algunas noches en Palacio Nacional... bueno, simbólicamente, para estar cerca del pueblo...

Juárez alzó una ceja con ese escepticismo histórico que solo pueden permitirse los muertos ilustres:

—¿Y eso te absuelve automáticamente de todos los errores? ¿Crees que basta con andar en un Tsuru y vender el avión presidencial para llamarse justo y democrático? Yo también viví con extrema modestia, dormí en petates y comí tortillas con frijoles, pero jamás hice de mi pobreza un espectáculo público ni un argumento político. Tú conviertes cada acto de gobierno en ceremonia religiosa, cada decisión en misa solemne, y cada misa en oportunidad de autoelogio. Eso no es servicio público, es narcisismo con ropaje de humildad.

AMLO bajó la cabeza, no por vergüenza —esa emoción le era ajena desde hacía décadas— sino para verificar si aún estaba soñando o si realmente el Benemérito había regresado de ultratumba para regañarlo.

—Yo quise hacer justicia histórica, licenciado, como usted la hizo en su tiempo...

—No, Andrés Manuel —replicó Juárez con esa claridad terrible de quienes ya no tienen nada que perder—. Tú quisiste hacer historia personal, protagonizar la película de tu propia grandeza. Y ese es tu error fundamental, el que explica todos los demás. Porque yo no perseguí la posteridad ni busqué el aplauso de las multitudes, sino que me concentré en establecer la legalidad republicana. Mientras tú hablas todos los días de tu lugar en la historia, yo tuve que callar muchas veces, tragar saliva y aceptar críticas injustas para que la República pudiera sobrevivir a las tormentas. Tú hiciste que la República girara en torno a tu figura personal, que dependiera de tu humor matutino. Eso no es república, amigo mío. Eso es nostalgia disfrazada de transformación, personalismo disfrazado de democracia.

El ambiente del sueño se volvió más denso, como si la gravedad hubiera aumentado. Juárez se acercó al expresidente y le susurró algo al oído, algo que ni los micrófonos ocultos ni los cronistas oficiales ni los reporteros de la mañana pudieron jamás grabar:

—El verdadero juarista no repite mi nombre como mantra. Lo honra en silencio, con actos, no con discursos. Y sobre todo: nunca, jamás, se compara conmigo.

Y así, sin fanfarrias ni himnos nacionales, sin que sonaran las campanas de catedral ni se dispararan cañonazos de saludo, el Benemérito se desvaneció entre nieblas de tintero y pergaminos antiguos, llevándose consigo su retrato y dejando en su lugar una humilde balanza de madera carcomida por el tiempo, con un letrero escrito a mano que decía: "Revisar cuidadosamente antes de usar: la justicia auténtica no incluye ego personal ni búsqueda de aplausos."

AMLO despertó sudando frío como si hubiera corrido un maratón en pleno verano chihuahuense. Inmediatamente mandó colgar un nuevo retrato de Juárez en el mismo lugar, esta vez más grande y con marco más dorado. Luego pidió a su equipo de comunicación social que hiciera un tuit citando la frase del respeto al derecho ajeno, acompañada de una foto suya de perfil, con mirada estatuaría. Nadie en el equipo le dijo nada, porque todos sabían por experiencia que el Juárez del sueño jamás habría dado "me gusta" a esa publicación.

El gran Benemérito se decía a sí mismo: *«Este...personaje de caricatura me invoca como santo patrono, pero no sigue mis leyes. Usa mi nombre como escudo, no como guía. Dice respetar el derecho ajeno mientras descalifica al que piensa distinto. Confunde austeridad con espectáculo, y legalidad con voluntad personal. No entiende que el deber de un republicano no es hacerse aplaudir, sino callar cuando es preciso y gobernar con sobriedad. Me cita sin comprenderme y se proclama mi sucesor, como si repetir mi retrato fuera cumplir mi legado. Yo construí instituciones; él construyó un escenario. Yo ejercí el poder con pudor; él lo exhibe con júbilo. Que no me compare más: los verdaderos juaristas no hacen propaganda... hacen república.»*

Capítulo 3

Agua pasa por mi casa, filosofía de mi corazón

(Tales de Mileto intenta explicarle el universo... y fracasa estrepitosamente)

Aquella noche el expresidente durmió con ese insomnio peculiar que produce la grandeza mal digerida. Había terminado de grabar su video mensaje número mil doscientos, titulado "La filosofía ancestral de la transformación verdadera", donde afirmaba —con esa serena convicción que caracteriza a los autodidactas— que su movimiento político era tan antiguo y sabio como los griegos presocráticos, pero infinitamente superior a ellos porque no había sido corrompido por el neoliberalismo ni por las ideas conservadoras que plagaron la filosofía occidental durante milenios.

Antes de apagar la luz de su lámpara de noche (hecha en México, por supuesto), hojeó sin demasiado interés un libro que alguien de su equipo le había regalado con buenas intenciones: "Los presocráticos para el pueblo: filosofía griega sin elitismo". El libro tenía todas las características

de los textos que nunca se leen: pasta dura, letras pequeñas, y demasiadas páginas para la atención promedio de un político en activo...o de un presidente que tardó 14 años en graduarse.

Y así, entre vapores de cacao orgánico tabasqueño y nacionalismo ilustrado con ribetes de grandeza personal, cayó rendido en otro de sus sueños de opio intelectual, esos que visitan a quienes se creen más sabios de lo que realmente son.

Despertó —soñando, por supuesto, porque los sueños dentro de sueños son el recurso favorito del subconsciente pretencioso— en una plaza de piedra rodeada por columnas dóricas que parecían recién construidas por algún escenógrafo especializado en civilizaciones antiguas. Un anciano de túnica sencilla, barba blanca como la espuma del mar y mirada de quien ha visto demasiadas cosas, caminaba de un lado a otro murmurando palabras en un griego que sonaba tan auténtico como incomprensible.

Era nada menos que Tales de Mileto, fundador oficial de la filosofía occidental, matemático de tiempo completo, astrónomo por las noches, y —según las malas lenguas de la antigüedad— experto en caerse en pozos mientras observaba las estrellas, lo cual lo convertía en el primer filósofo en demostrar que el conocimiento teórico no siempre incluye el sentido común práctico.

—¿Quién eres tú, venerable sabio de barba sospechosamente auténtica y no como mi cabello que si lo es? —preguntó AMLO, ajustándose su morral oficial de la Cuarta Transformación como si fuera una toga académica.

—Soy Tales, hijo de Examyas, natural de Mileto, en la costa de Asia Menor —respondió el anciano con esa precisión geográfica que caracterizaba a los griegos educados—. Vine hasta aquí, atravesando siglos y océanos, para enseñarte los principios fundamentales del universo, si es que tienes oídos para escuchar y mente para comprender...aunque según lo que me han contado, araré en el mar para lograrlo.

—Ah, perfecto, exactamente lo que necesitaba —replicó el presidente con entusiasmo de alumno aplicado—. Yo también tengo mi propia teoría cosmológica, desarrollada durante mis años de lucha: el centro absoluto del universo es el pueblo de México. Y yo, naturalmente, soy su vocero autorizado, su intérprete oficial, su representante ante la historia universal.

Tales parpadeó varias veces, como quien acaba de escuchar una blasfemia en idioma desconocido. Luego miró al cielo con esa resignación cósmica que solo pueden permitirse los filósofos que han visto de todo.

—Yo deduje, después de largos años de observación y reflexión, que todo en el universo proviene del agua —dijo, señalando una fuente que había aparecido mágicamente en el centro de la plaza—. Tú, por lo que veo, has deducido que todo proviene de ti mismo. Es una curiosa inversión del pensamiento, debo admitirlo.

—No, no, no me malinterprete, sabio Tales —se apresuró a aclarar AMLO—. Yo soy simplemente un servidor público, un humilde instrumento de la historia, un modesto guía del movimiento popular más profundo y transformador que haya conocido México desde la Independencia. Nada más, pero tampoco nada menos.

—¿Más profundo que el agua? —preguntó Tales, cruzando los brazos con curiosidad académica—. Porque yo observé cuidadosamente el cosmos durante décadas y deduje principios universales basados en la evidencia. Tú, según parece, te observas a ti mismo en el espejo cada mañana y deduces decretos presidenciales. La metodología es ligeramente diferente. AMLO, visiblemente molesto como estudiante al que han cachado copiando en el examen, intentó una defensa elaborada:

—He sostenido públicamente que la democracia auténtica no se reduce a meros procedimientos formales y burocráticos. Es un principio moral superior, una forma de vida, una filosofía del corazón. Exactamente como su sabiduría griega, estimado Tales.

—Error garrafal —replicó el sabio con la paciencia de quien ha dedicado la vida a corregir malentendidos—. La filosofía genuina comienza siempre con la duda metódica, con el reconocimiento de nuestra ignorancia fundamental. Tú, en cambio, comienzas cada día con certezas absolutas y terminas pidiendo aplausos por tu sabiduría innata. ¿Qué clase de conocimiento es ese?

—Es sabiduría popular, ancestral, no contaminada por el elitismo académico —respondió AMLO—. El pueblo llano nunca se equivoca cuando piensa con el corazón y no con los prejuicios de clase.

—El pueblo tampoco lee libros de filosofía si tú le das discursos populistas en lugar de educación real —replicó Tales—. Por cierto, ¿conoces la famosa frase de Sócrates sobre la sabiduría?

—Por supuesto: "Solo sé que no sé nada". Yo también lo he dicho en varias ocasiones, con toda humildad.

—Sí, efectivamente la has dicho —concedió Tales con una sonrisa que habría alarmado a cualquier político experimentado—, pero Sócrates la pronunciaba con honestidad genuina, como reconocimiento auténtico de sus limitaciones. Tú la dices únicamente cuando alguien te contradice con argumentos sólidos, y cinco minutos después haces como que sabías todo desde el principio y que tus críticos son unos ignorantes pagados por el conservadurismo internacional.

Un silencio incómodo flotó entre las columnas dóricas como niebla matutina. Los grillos dejaron de cantar y hasta las estatuas parecieron voltear a ver qué pasaba. Tales, con movimientos de mago experimentado, sacó un cuenco de barro lleno de agua cristalina y se lo ofreció al expresidente.

—Bebe de esto —le dijo—. Es el principio de todas las cosas según mi filosofía. Agua pura, no voluntad política. Cambio natural, no terquedad personal. Fluidéz cósmica, no imposición autoritaria disfrazada de democracia participativa.

AMLO miró el agua con el recelo de quien ha aprendido a desconfiar de todo lo que viene del extranjero:

—¿No tendrá microplásticos? ¿O alguna influencia ideológica del conservadurismo neoliberal? Porque últimamente hasta el agua de grifo está contaminada por los intereses creados...

Tales suspiró tan profundamente que las nubes se oscurecieron y comenzó a llover sobre la plaza antigua. El filósofo desapareció lentamente, disolviéndose como sal en el agua, mientras murmuraba con voz cada vez más lejana:

—Algún día, en algún lugar del mundo, aparecerá un gobernante que entienda que mandar no es hablar, sino pensar cuidadosamente antes de actuar. Pero ese día, por lo visto, aún está muy lejos...

Tales pensaba: «Yo deduje que todo procede del agua, él deduce que todo emana de sí mismo. Mientras yo miraba las estrellas para comprender el orden del mundo, él se contempla, como un narciso en el espejo, para justificarlo. Habla del pueblo como si fuera sustancia, pero lo usa como pretexto. No razona: declama. No duda: decreta. Se dice humilde, pero quiere ser el centro. Olvida que el agua fluye; el poder, en sus manos, se estanca. No necesita filosofía: necesita silencio. Y sobre todo, necesita aprender que el universo no gira alrededor del carisma de un solo hombre... ni siquiera el de uno que habla tanto...y menos si todo lo que dice es estúpido»

Capítulo 4

La revolución no será televisada

(Pancho Villa le cobra las cuentas pendientes)

Esa noche el expresidente había cenado demasiados tacos de cochinita pibil —cortesía del gobernador de Yucatán, que había venido a visitarlo con intenciones políticas poco claras— y el exceso de achiote le había provocado una digestión pesada acompañada de sueños más agitados que manifestación estudiantil. Había pasado la tarde hablando del Tren Maya como si fuera su hijo predilecto, esa obra faraónica que conectaría al sureste mexicano con la modernidad y el progreso, aunque los detalles técnicos se le escaparan como agua entre los dedos.

"Es una obra de justicia histórica", había declarado esa mañana, "que beneficiará a los pueblos originarios y rescatará la grandeza de nuestras civilizaciones ancestrales". Lo había dicho con esa convicción que caracteriza a quienes confunden los buenos deseos con la ingeniería férrea, y los discursos emotivos con los estudios de impacto ambiental.

Cayó dormido soñando con locomotoras que cruzaban la selva llevando prosperidad a los desposeídos, como en esas películas del Viejo Oeste donde el tren siempre representaba el progreso y la civilización. Pero su subconsciente, que tenía mejor memoria histórica que su consciente, le tenía preparada otra clase de lección sobre trenes y revoluciones.

Se despertó —o soñó que despertaba, que en estos casos es lo mismo— en una estación de ferrocarril que parecía salida de 1913, con rieles oxidados, durmientes podridos y una locomotora de vapor que echaba humo negro como mal presagio. Un hombre bajito, fornido, con bigotes que parecían tener vida propia y sombrero tan ancho como su fama, lo esperaba recargado contra un vagón de carga lleno de agujeros de bala.

Era Francisco Villa, el Centauro del Norte, quien lo observaba con esa mezcla de diversión y desprecio que reservaba para los políticos que hablaban mucho y disparaban poco.

—¿Conque usted es el que anda presumiendo de hacer trenes por donde no debe? —preguntó Villa, escupiendo un gargajo que dibujó una parábola perfecta antes de aterrizar en el andén—. Oiga, compadre, yo conozco algo de ferrocarriles. Los usé para mover tropas, para transportar armamento, y también para volar algunos cuando convenía a la causa revolucionaria.

—General Villa, es un honor conocerlo —respondió AMLO, cuadrándose militarmente aunque jamás hubiera visto un cuartel por dentro—. Su tren es diferente al mío. El suyo era para la guerra; el mío es para la paz y el desarrollo de los pueblos mayas.

—¿Los pueblos mayas? —Villa se rascó la barriga con curiosidad genuina—. ¿Y ya les preguntó si quieren su trenecito? Porque yo, cuando necesitaba pasar por algún lugar, siempre preguntaba primero. Y si me decían que no, pues respetaba. Uno no puede andar imponiendo el progreso a balazos... bueno, a veces sí, pero solo cuando es necesario para la revolución.

—Por supuesto que consulté al pueblo. Hice una consulta ciudadana, completamente democrática...

—¿Una qué? —interrumpió Villa—. ¿Como esas votaciones donde ya sabe uno de antemano cuál va a ser el resultado? Esas no son consultas, amigo. Esas son comedias. Yo prefería los métodos directos: llegaba al pueblo, juntaba a la gente en la plaza, y les decía claramente qué iba a hacer y por qué. Si estaban de acuerdo, perfecto. Si no, pues discutíamos hasta llegar a un acuerdo. Pero nunca les vendí gato por liebre.

AMLO se sintió incómodo, como político en confesionario:

—Mi tren beneficiará a millones de personas. Llevará turismo, comercio, desarrollo económico a una región históricamente marginada...

—¿Y también llevará soldados? —preguntó Villa con esa perspicacia que dan las balas silbando cerca de las orejas—. Porque todos los trenes que

he conocido, tarde o temprano, sirven para mover tropas. Es la naturaleza del ferrocarril: donde puede pasar un vagón de turistas, puede pasar un vagón de soldados. ¿Ya pensó en eso?

—Mi tren es pacífico, General. Es un proyecto civil, no militar...

—Eso decían también los ferrocarriles de don Porfirio —replicó Villa—. Que eran para el progreso, para conectar al país, para traer la modernidad. Y al final resultó que lo único que conectaron fue a los ricos con más riqueza, y a los pobres con más pobreza. Los trenes de Díaz servían para llevar soldados federales a reprimir a los campesinos alzados.

El revolucionario se acercó al expresidente y le puso una mano en el hombro, no con cariño, sino con esa familiaridad amenazante que caracterizaba sus tratos políticos:

—Le voy a decir una cosa, compadre. Yo construí y destruí más vías férreas de las que usted se imagina. Y aprendí algo importante: los trenes solo benefician a quien controla las estaciones. ¿Quién va a controlar las estaciones de su trenecito maya? ¿Los indígenas? ¿O van a ser los mismos de siempre, nada más que con nuevos uniformes?

—El pueblo será el beneficiario directo...—comenzó a responder AMLO, pero Villa lo interrumpió con una carcajada que espantó a los zopilotes.

—¡El pueblo! Siempre el pueblo. Esa es la palabra favorita de todos los políticos. Pero yo le pregunto: ¿cuál pueblo? ¿El pueblo que va a trabajar en las obras, o el pueblo que va a usar el tren? ¿El pueblo que va a vender sus tierras baratas, o el pueblo que va a comprarlas caras? Porque el pueblo no es una sola cosa, amigo. El pueblo está dividido en los que chingan y los que se dejan chingar.

Villa caminó hacia su locomotora, que había comenzado a echar vapor como si estuviera impaciente por partir:

—¿Sabe cuál es la diferencia entre usted y yo? Yo peleé contra el gobierno por los campesinos. Usted es el gobierno y les dice que pelea por ellos. Pero el gobierno siempre es el gobierno, compadre. No importa quién se siente en la silla presidencial.

—Pero yo vengo del pueblo, General. Yo conozco la pobreza, la marginación...

—Conocer la pobreza y recordarla desde el poder son dos cosas muy diferentes —sentenció Villa—. Es como la diferencia entre tener hambre y contar cuentos de cuando se tenía hambre. Su trenecito se va a hacer, eso ya lo sabemos. Pero no se haga ilusiones: va a servir a los mismos que siempre se han servido de México. La única diferencia es que ahora van a viajar en tren en lugar de en avión.

El Centauro del Norte subió a su locomotora con agilidad de jinete experimentado. Antes de arrancar, se asomó por la ventanilla:

—Una última cosa, compadre. Cuando su tren esté funcionando y vea que no sirve para lo que prometió, no se ponga a echarle la culpa a los

conservadores o a los neoliberales. Los trenes no tienen ideología. Solo van de un lado a otro, llevando lo que les pongan encima. Si lleva justicia, llevará justicia. Si lleva pendejadas, llevará pendejadas. Y eso depende de quien los controle, no de quien los inaugure.

La locomotora arrancó con un silbato que sonó como grito de guerra. Villa se alejó por la vía, pero su voz aún se escuchaba:

—¡Y la próxima vez que hable de revolución, acuérdense de que las revoluciones de verdad no se andan anunciando en las mañaneras! ¡Se hacen, y ya!

AMLO despertó con el ruido del tren aún sonándole en los oídos. Inmediatamente pidió a su equipo que preparara un comunicado sobre los avances del Tren Maya, con énfasis en sus beneficios sociales y su importancia para la justicia histórica. También ordenó que investigaran si Villa había dicho alguna vez algo positivo sobre los ferrocarriles. Pero en el fondo, muy en el fondo donde ni siquiera él mismo se atrevía a mirar, sabía que el Centauro tenía razón: los trenes, como el poder, solo van hacia donde los dirigen quienes realmente los controlan.

El Centauro se fue diciendo para sus adentros: *«Dice que construye trenes pa'l pueblo, pero no se sube con él. Habla de justicia como quien vende boletos: muchos discursos, poca carga. Se llena la boca con el pasado, pero no se ensucia las manos con el presente. Yo usé los ferrocarriles pa' mover mi tropa; él los usa pa' mover su ego. Presume amor al pueblo desde el andén, sin preguntar si el pueblo quiere subirse. Mucho proyecto, poca revolución. Y si de revolución hablamos, que no me venga con consultas a modo ni con promesas vacías para pendejos. El pueblo no necesita que lo salven desde el palco... sino que lo defiendan desde el vagón de carga.»*

Capítulo 5

El fantasma de la sociedad sin clases

(Marx le explica el materialismo... dialécticamente)

Aquella noche el expresidente había pasado horas leyendo —o más bien hojeando— algunos párrafos de "El Capital" que un asesor bien intencionado había marcado con Post-its amarillos y comentarios marginales tipo "esto puede servir para un discurso". La lectura, hay que reconocerlo, le había resultado más pesada que sesión del Congreso en época de presupuestos, pero se las había arreglado para extraer algunas frases que sonaban revolucionarias y podrían impresionar a los intelectuales de izquierda que aún lo seguían.

"La plusvalía", había murmurado antes de dormir, "eso es lo que nos roban los neoliberales". No estaba muy seguro de qué significaba exactamente, pero sonaba contundente y marxista, que era lo importante. También había anotado algo sobre "la lucha de clases" y "la dictadura del

proletariado", aunque en su mente estas frases se mezclaban con sus propias consignas sobre "el pueblo bueno" y "la mafia del poder".

Se durmió con la satisfacción del alumno que ha estudiado la noche anterior al examen, convencido de que finalmente entendía los fundamentos teóricos de la izquierda mundial. Pero su subconsciente, que tenía más formación académica que él mismo, le tenía preparada una lección de marxismo aplicado que no esperaba.

Despertó —en el sueño, naturalmente— sentado en una banca del Zócalo capitalino, pero un Zócalo extraño, como salido de una película en blanco y negro sobre la revolución industrial. Humo de fábricas oscurecía el cielo, obreros con overoles caminaban apresuradamente, y el sonido de maquinaria pesada llenaba el aire como una sinfonía mecánica.

Un hombre barbudo, de frente amplia y mirada penetrante, se sentó a su lado sin ser invitado. Vestía un traje del siglo XIX ligeramente arrugado y cargaba bajo el brazo varios tomos gruesos que parecían pesar como ladrillos.

—¿Usted es el que anda citando mis textos sin haberlos leído? —preguntó Karl Marx en un español con acento alemán que sonaba sorprendentemente natural.

—Maestro Karl, qué honor conocerlo —respondió AMLO, poniéndose de pie como estudiante ante el profesor—. Yo he sido un seguidor de sus ideas toda mi vida. Mi gobierno aplicó principios marxistas: primero los pobres, justicia social, lucha contra la explotación capitalista...

—Siéntese, por favor —dijo Marx con una sonrisa que podría haber sido paternal para los ignorantes o sarcástica para los estultos—. Y explíqueme qué entiende usted por "principios marxistas", porque tengo la impresión de que confunde mis teorías con filantropía cristiana.

—Bueno, usted habló de la lucha de clases. Yo luché contra la clase privilegiada, contra los fifís, contra la mafia del poder que explotaba al pueblo trabajador...

—Alto ahí —interrumpió Marx, alzando una mano como quien detiene el tráfico—. La lucha de clases no es una guerra moral entre buenos y malos. Es un proceso histórico objetivo, determinado por las relaciones de producción. ¿Usted cambió las relaciones de producción en México? ¿Modificó la estructura económica que genera la explotación?

AMLO se removió incómodo en la banca:

—Aumenté el salario mínimo, creé programas sociales, di becas a los jóvenes...

—Eso es asistencialismo convenenciero, no transformación estructural —replicó Marx—. Es como poner curitas en una herida profunda. Muy noble en apariencia, muy humanitario para los tontos, pero no toca la raíz del problema. ¿Los empresarios siguieron siendo dueños de los medios de

producción? ¿Los trabajadores siguieron vendiendo su fuerza de trabajo por un salario?

—Sí, pero...

—Entonces no cambió nada fundamental. Solo administró el capitalismo de manera más amable. Eso no es marxismo, estimado presidente. Eso es social democracia con retórica revolucionaria.

Marx abrió uno de sus libros y buscó una página específica:

—Mire, yo escribí: "Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo". ¿Usted qué hizo? ¿Interpretó o transformó?

—Transformé, por supuesto. Mi gobierno fue llamado la Cuarta Transformación...

—Los nombres no cambian la realidad —interrumpió Marx—. Yo puedo llamar "revolución" a mi desayuno, pero eso no lo convierte en un proceso histórico. Dígame: ¿quién controlaba los bancos cuando usted terminó su mandato? ¿Los trabajadores o los capitalistas?

—Los bancos... bueno, siguen siendo privados, pero ahora están más regulados...

—¿Y las grandes empresas? ¿Las multinacionales? ¿Las industrias estratégicas?

—También siguen siendo privadas, pero con más responsabilidad social...

Marx cerró el libro con un golpe seco que resonó como martillazo:

—Entonces usted administró el capitalismo, no lo transformó. Y lo que es peor: convenció a millones de personas de que esa administración era una revolución proletaria disfrazada de transformación social. Eso es más peligroso que la explotación directa, porque genera falsas esperanzas y desmoviliza la lucha auténtica.

El expresidente se sintió como alumno reprobado, pero intentó defenderse:

—Pero yo vengo del pueblo, maestro Karl. Yo conozco las necesidades de los trabajadores...

—El origen de clase no determina automáticamente la conciencia de clase —sentenció Marx—. He conocido burgueses que entendían mejor el marxismo que algunos obreros. Y he visto líderes populares que traicionaron a su clase tan pronto llegaron al poder. El punto no es de dónde viene usted, sino hacia dónde lleva a su pueblo.

Marx se levantó de la banca y caminó hacia una pizarra que había aparecido mágicamente frente a ellos. Con tiza invisible escribió una fórmula:

—La transformación real se mide así: ¿quién posee los medios de producción antes y después del cambio? Si la respuesta es la misma, no

hubo transformación. Hubo, en el mejor de los casos, redistribución cosmética para halagar el oído de los tontos y beneficiar el bolsillo de los corruptos.

—Pero yo nacionalicé algunas empresas, rescaté otras...

—¿Para entregarlas a los trabajadores o para controlarlas desde el Estado? Porque el capitalismo de Estado no es socialismo, amigo mío. Es solo capitalismo con otro administrador.

El ambiente del sueño comenzó a cambiar. Las fábricas se desvanecían, los obreros caminaban más lento, y hasta el humo parecía menos denso.

—Una última pregunta —dijo Marx, preparándose para desaparecer—: ¿sus programas sociales fortalecieron la organización independiente de los trabajadores, o los hicieron más dependientes del Estado?

AMLO no respondió. No porque no quisiera, sino porque sabía que cualquier respuesta honesta lo condenaría.

—Mmm...Eso supuse, porque esa es la diferencia entre un revolucionario y un populista —continuó Marx—. El revolucionario organiza al pueblo para que se libere a sí mismo. El populista organiza al pueblo para que dependa de él. Usted, estimado presidente, solo ha sido un populista con vocabulario marxista. Y eso, permítame decirle, es más peligroso que ser un conservador honesto.

Marx se desvaneció como humo de fábrica, llevándose consigo sus libros y dejando solo una frase escrita en la pizarra: "La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos". Debajo, con letra diferente, alguien había agregado: "No de sus líderes mesiánicos con mentes obtusas".

AMLO despertó con dolor de cabeza, como si hubiera pasado la noche estudiando economía política. Inmediatamente pidió a su equipo que preparara un discurso sobre "la vigencia del pensamiento marxista en la Cuarta Transformación". También ordenó que compraran más libros de Marx para su biblioteca personal, preferiblemente con resúmenes y muchas ilustraciones. Pero evitó cuidadosamente releer "El Capital". Algunas verdades, pensó, son demasiado complicadas para un político en ejercicio.

Karl solo pensaba: *«Se dice marxista, pero administra el capitalismo con fraseología revolucionaria. Habla del pueblo como quien reparte limosnas, no como quien construye conciencia. No ha cambiado las relaciones de producción; solo cambió el eslogan. Aumentó los subsidios, pero no tocó el poder del capital. Su "transformación" es puro maquillaje sobre la misma estructura que decía combatir. Confunde justicia con caridad, y carisma con clase. Y lo más grave: hizo creer al obrero que la revolución ya ocurrió... para que no la exija de verdad. Si este es el socialismo del siglo XXI, que me despierten cuando empiece la lucha real...pobre país el que gobernó este individuo»*

Capítulo 6

Fuegos fatuos del poder eterno

(Nerón y el arte de gobernar mientras arde todo)

El presidente dormitaba en su mecedora de Olinalá —esa que había mandado traer especialmente para demostrar que él sí apoyaba las artesanías nacionales, no como los gobiernos neoliberales anteriores— cuando la televisión comenzó a tocar el Himno Nacional en versión de marimba. Era una versión particularmente melancólica, como si el mismo instrumento supiera que estaba siendo utilizado para adormecer conciencias.

"No hay nada más bello que el pueblo", murmuró entre sueños, acomodándose el rebozo tricolor que alguien de su staff había colocado estratégicamente para la foto matutina. "Salvo, claro está, el aplauso unánime del pueblo", agregó con esa sonrisa que había perfeccionado en décadas de discursos. Y entonces, como si el cansancio de repetir las mismas frases por seis años lo hubiera vencido, se quedó profundamente dormido.

En el sueño se encontró de pie en medio de un teatro romano que habría hecho palidecer de envidia al mismísimo Coliseo. Las gradas estaban abarrotadas de estatuas de mármol que lo aplaudían en un silencio sepulcral, como esas multitudes que aparecían en sus mítines cuando las cámaras enfocaban justo en el momento preciso. En el centro del escenario, bañado por una luz rojiza que parecía salir directamente del infierno —o de Televisa, que para el caso era lo mismo—, se encontraba nada menos que Nerón Claudio César Augusto Germánico.

El emperador romano lucía en sus manos una lira dorada como si fuera un instrumento al mérito artístico, y vestía una toga que costaba más que el presupuesto anual de salud pública de tres estados. Tenía esa expresión de quien está convencido de que cada palabra que sale de su boca es música celestial, aunque suene como uñas rasgando un pizarrón.

—¡Ave, Tlatoani tropical! —exclamó Nerón, afinando su lira con la misma solemnidad con que AMLO afinaba sus datos cada mañana—. ¿Vienes a aprender el arte de gobernar con fuego... o prefieres la especialidad de la casa: gobernar con miedo disfrazado de amor paternal?

—He venido, César —respondió AMLO con esa voz que reservaba para los momentos históricos—, a hablar contigo de gobierno. De arte. De historia. He venido a aprender del pasado para no repetirlo.

La carcajada de Nerón hizo temblar no solo los cimientos del teatro, sino también las bases mismas de la lógica. Era una risa que conocía muy bien los secretos del poder absoluto y que encontraba divertidísimo que alguien hablara de "no repetir la historia".

—¡Ah, qué simpático eres, querido colega viejecito! —dijo Nerón, secándose una lágrima de risa con el dorso de la mano enguantada—. ¡Eso mismo dije yo cuando mandé ejecutar a mi madre, porque ya me tenía hartó con sus consejos no solicitados! ¡Y cuando eliminé a mi tutor, porque insistía en que leyera los reportes financieros del imperio! ¡Y cuando ajusticié a media curia, porque votaban en contra de mis propuestas artísticas! ¡Y a tres poetas, porque tenían la osadía de componer versos mejores que los míos! Todo sea por evitar errores... de otros, naturalmente.

—Yo no soy autoritario —se apresuró a decir AMLO, con esa urgencia de quien ha escuchado esa acusación demasiadas veces—. Yo tengo el respaldo del pueblo. El pueblo me ama, me respeta, me sigue.

—¡Exactamente como yo! —exclamó Nerón, aplaudiendo con entusiasmo—. Unanimidad popular total... tal como siempre se las exigí. Aplausos ensordecedores, vítores que llegaban hasta el Olimpo, monedas con mi rostro en cada bolsillo del imperio. Los ciudadanos me adoraban tanto que se quedaban mudos de emoción cuando yo pasaba. ¿Acaso has experimentado alguna vez el terrible peso de gobernar sin que te aplaudan? ¿Has probado la amargura de tomar decisiones sin que inmediatamente aparezca una multitud a vitorearte?

—Bueno, debo reconocer que sí... hay periodistas que me critican —admitió AMLO, como quien confiesa un pecado venial—. Pero son conservadores, fifís, neoliberales, vendidos al extranjero, malinchistas, aspiracionistas...

—¡Ah, los poetas ingratos! —suspiró Nerón con genuina melancolía—. ¡Los eternos desagradecidos! Yo también tuve mis enemigos culturales, esos escritoruelos envidiosos que no comprendían la grandeza de mi arte. Por eso los mandé a callar... o al menos a cambiar radicalmente el estilo y el contenido de sus composiciones. Porque, verás mi querido imitador de líder de un Imperio, gobernar no es organizar un foro de debate donde todo mundo opina lo que se le ocurre. ¡Gobernar es dirigir una ópera magnífica donde cada nota, cada silencio, cada crescendo está perfectamente orquestado por el maestro!

AMLO se acomodó en su asiento imaginario, con esa expresión de quien está a punto de pronunciar una de sus frases favoritas.

—¿Y qué es para ti, exactamente, el arte de gobernar?

Nerón se irguió como si fuera a interpretar el aria más importante de su carrera, y comenzó a gesticular con una teatralidad que habría hecho sonrojar a cualquier actor de telenovela.

—Es una sinfonía perfecta de control total, querido colega. Un espectáculo deslumbrante con luces que ciegan cualquier intento de mirar hacia otro lado, incendios cuidadosamente controlados que eliminan lo que estorba, y aplausos no solo esperados sino exigidos por contrato social. Gobernar no es hacer el bien común, esa es una noción primitiva y burguesa.

¡Gobernar es hacer que parezca absolutamente sublime todo lo que haces, aunque el mismísimo foro se esté quemando mientras tú tocas la lira!... eso tú lo has hecho muy bien...según veo tu pueblo te aplaude mientras tú los destrozas con ayuda de los ricos...

—Yo no gobierno para la élite —replicó AMLO con el tono solemne que usaba cuando se dirigía a la historia—. Yo gobierno para el pueblo humilde, para los de abajo, para los que nunca han tenido voz.

—Y yo goberné exclusivamente para el espectáculo, para la grandeza del arte imperial —respondió Nerón—. ¡Pero dime, qué diferencia fundamental hay entre tu método y el mío! El pueblo ama el pan, sí, eso es innegable... pero ama infinitamente más el circo, la ilusión, la esperanza de que mañana será diferente aunque sea exactamente igual. Y tú, pequeño hombrecito Andrés Manuel, has hecho del micrófono una antorcha olímpica, de la austeridad una escenografía perfectamente calculada, y del pasado... una llama sagrada que repites como eco interminable en cada discurso.

En ese momento, Nerón se levantó con una elegancia que desafiaba las leyes de la física onírica, tomó su lira dorada y comenzó a rasgarla con un ímpetu que parecía venir directamente del centro del imperio.

—Yo toqué mi lira mientras Roma ardía en llamas que purificaban la decadencia —declaró con orgullo—. Tú pronuncias discursos de tres horas mientras México se incendia lentamente de polarización, de divisiones que tú mismo has alimentado con cada mañanera. ¡Somos artistas del poder absoluto, colega mío! La diferencia es meramente de estilo, no de sustancia. Tú tienes tus conferencias matutinas donde cada día reescribes la realidad que inventas a tu conveniencia, y yo tenía mi teatro donde cada noche reescribía la historia. Tú usas la austeridad como vestuario, yo usaba túnicas bordadas con hilo de oro. Pero el espectáculo, ah, el espectáculo es esencialmente el mismo.

El presidente quiso responder con alguna de sus frases predilectas sobre la transformación y la honestidad, pero en ese momento las estatuas de mármol comenzaron a gritar "¡Bravo! ¡Bravo! ¡Imperator!" con voces que sonaban exactamente como las de sus seguidores más devotos, esos que aparecían en cada mitin repitiendo las mismas consignas con la precisión de autómatas bien programados.

Nerón hizo una reverencia que abarcaba todo el teatro, y declaró con una sonrisa que era pura sabiduría imperial:

—Recuerda siempre esto, Tlatoani de los tiempos modernos: un gobernante, aunque mediocre como tú eres, simplemente gobierna, toma decisiones aunque sean estúpidas e inventa resultados a su conveniencia. Pero un gobernante verdaderamente sublime... interpreta su papel cada día, convierte cada crisis en oportunidad dramática, y hace que el pueblo no solo acepte sino que aplauda cada acto de la función...es en eso que nos parecemos.

Y mientras tocaba su lira con una maestría que habría impresionado a los dioses del Olimpo, el escenario entero comenzó a arder. No era una metáfora poética, sino un efecto especial onírico perfectamente calculado, donde las llamas danzaban al ritmo de la música como si fueran parte de la orquestación.

AMLO despertó con un sobresalto, sintiendo el olor a incienso quemado impregnado en su rebozo, temblando no de frío sino de una extraña revelación. Inmediatamente llamó a su equipo de redactores y les ordenó que reescribieran su discurso para la mañana: ahora debía incluir necesariamente una metáfora sobre el fuego purificador de la transformación verdadera.

El Emperador se quedó diciéndose: *«¡Qué talento para inventar tonterías! Él también gobierna como si dirigiera una ópera... pero desafina en cada acto. Cree que la repetición es convicción y que el aplauso sustituye al juicio. Arde el país y él toca la mañana como si fuera lira divina. Se dice austero, pero exige devoción diaria. Yo incendié Roma para reinventarla; él incendia la razón para mantenerse en escena. No quiere gobernar: quiere ser ovacionado. Es, en el fondo, un actor que no soporta bajarse del escenario... aunque ya no queden butacas ocupadas. Admirable, en cierto modo. Pero ni yo me habría atrevido a tanto.»*

El fantasma de Cicerón, observando desde las gradas más altas del teatro, comentaba con su ironía característica: *"Al menos Nerón tenía un genuino talento artístico para acompañar su megalomanía. Este otro parece creer absurdamente, que la elocuencia se mide en horas de discurso."*

Capítulo 7

El Palacio de los Espejos sin Reflejo

(Drácula y el arte de alimentarse sin que parezca que chupas sangre)

Esa noche, una de esas noches especialmente densas que parecen diseñadas para las revelaciones incómodas, el Palacio Nacional se llenó de un viento frío que ningún meteorólogo pudo explicar y que ningún funcionario se atrevió a mencionar en los reportes oficiales. El expresidente, ya retirado pero aun absolutamente dueño de la narrativa nacional —como esos actores que siguen cobrando regalías décadas después de su última película—, se había quedado dormido leyendo su libro de cabecera: "Mis otros datos", esa obra maestra de la creatividad estadística que había logrado convertir la realidad en una sugerencia opcional.

Un murmullo lejano, como un violín desafinado tocado por un fantasma con artritis, lo condujo suavemente hacia un nuevo sueño. Uno más en esa serie interminable de encuentros nocturnos con figuras históricas que parecían empeñadas en darle lecciones no solicitadas sobre el poder.

Se encontró en una vasta sala barroca que parecía haber sido decorada por alguien con presupuesto ilimitado y gusto cuestionable. Los espejos estaban cuidadosamente cubiertos por telas rojas del color de la sangre fresca —o de la bandera del partido, que para efectos decorativos venía siendo lo mismo—. Los candelabros goteaban cera como lágrimas de santos barrocos, y una luna pálida se colaba entre vitrales que contaban historias de conquistas sangrientas y poder absoluto.

El aire olía a una mezcla extraña: incienso de iglesia colonial, poder añejo, y ese aroma particular del formol que se usa para preservar cosas que ya deberían estar muertas pero se niegan a aceptarlo. Y allí, en un sillón de terciopelo negro que parecía un trono diseñado por un decorador gótico con complejo de grandeza, se encontraba nada menos que el mismísimo Conde Drácula.

El vampiro más famoso de la historia lucía una capa tan amplia que podría haber albergado a una familia de refugiados, guantes blancos más inmaculados que cualquier político en campaña, y sostenía una copa de cristal tallado que definitivamente no contenía vino tinto, aunque el color fuera sospechosamente similar.

—Bienvenido a mi castillo mental, presidente eterno —dijo el Conde, levantándose con una teatralidad que habría hecho palidecer de envidia a cualquier actor de ópera italiana—. ¿Te molesta si conversamos un poco sobre el poder... sobre ese exquisito néctar que es la voluntad ajena, esa deliciosa esencia que es la esperanza de los otros?

—Yo no bebo sangre ni abuso del pueblo —replicó AMLO, sintiéndose incómodo ante tanta elegancia lúgubre y tanta honestidad descarnada—. Mi alimento espiritual es el cariño genuino de la gente, el amor puro del pueblo mexicano.

—Oh, querido Andrés Manuel... —dijo Drácula con esa sonrisa que revelaba colmillos perfectamente afilados—. Todos, absolutamente todos, nos alimentamos de los demás. Es la ley fundamental de la supervivencia política. La diferencia entre tú y yo es que algunos lo admitimos con elegante franqueza, mientras otros lo llaman "mandato democrático" o "respaldo popular". Tú bebes ávidamente la atención del pueblo, su esperanza ciega, su cansancio resignado... y hasta su miedo disfrazado de amor.

—Yo lucho incansablemente por la justicia social —insistió AMLO con esa voz que reservaba para los momentos en que necesitaba convencerse a sí mismo.

—Y yo lucho por la sangre justa, por la sangre de calidad —respondió Drácula, sonriendo con esos colmillos que parecían haber sido diseñados por un joyero especializado en instrumentos mortales—. Pero dime una cosa, querido colega: ¿por qué hablas tanto de moral cuando tus actos están cuidadosamente cubiertos de sombras? ¿Por qué insistes en cubrir todos los espejos del palacio?

—Para que nadie pueda ver la corrupción del pasado, para que no se confundan con el presente —respondió AMLO con la seguridad de quien ha repetido esa explicación miles de veces.

—¿O será para que nadie descubra que tú tampoco tienes reflejo? —preguntó el Conde con esa suavidad venenosa que caracteriza a los depredadores refinados—. ¿Acaso no temes secretamente que la historia te mire de frente, sin filtros, sin maquillaje retórico?

—Yo ya pasé a la historia con letras doradas —declaró AMLO con una solemnidad que habría impresionado a cualquier historiador oficial—. Soy distinto a todos los que me precedieron. Soy un verdadero transformador de la realidad nacional.

Drácula se acercó lentamente, con pasos tan silenciosos como un juicio que ha sido indefinidamente aplazado, como una cuenta pendiente que nunca llega pero nunca se olvida.

—Transformador... naturalmente —murmuró con esa ironía que solo pueden permitirse los inmortales—. Como yo, querido colega. También llegué de tierras lejanas y prometedoras, también prometí orden y limpieza en el gobierno, también limpié meticulosamente la nobleza corrupta y establecí un régimen completamente nuevo. La diferencia fundamental entre tú y yo es que a mí me temen abiertamente, mientras que a ti te aplauden por obligación social. Por ahora, claro está. ¿Sabes cuál es la verdadera diferencia entre tu método y el mío?

—¿Cuál? —preguntó AMLO, aunque algo en su interior ya temía la respuesta.

—Tú necesitas desesperadamente que te crean humano, que te perciban como uno más del pueblo. Yo ya acepté hace siglos que soy un monstruo refinado, un depredador con clase. Esa honestidad brutal, paradójicamente, me salva de la hipocresía.

El silencio que siguió fue tan espeso como el contenido de la copa del Conde, tan denso como las explicaciones oficiales sobre el presupuesto de obras públicas. Luego, con un gesto teatral perfecto, Drácula extendió su mano enguantada hacia una urna tallada que parecía contener algo más importante que cenizas.

—Mira dentro, querido presidente eterno —le dijo con una voz que sonaba como terciopelo rasgado—. Allí está tu verdadero legado, tu herencia real para la posteridad.

AMLO se acercó con pasos temblorosos, como quien se aproxima a un espejo que ha estado evitando durante años. Al mirar dentro de la urna no vio su rostro triunfante, no vio la transformación gloriosa, no vio el pueblo feliz y próspero que había prometido. En cambio, vio miles de ojos: unos cansados de esperar promesas que nunca llegaban, otros confundidos por la retórica interminable, algunos ciegos de fe fanática, y otros

completamente vacíos de esperanza, como ventanas de casas abandonadas.

—Yo... yo solo quise ayudar al pueblo —murmuró, sintiendo por primera vez el peso real de sus palabras—. Solo quería transformar el país.

—Todos empezamos con esas intenciones tan nobles —susurró Drácula, flotando hacia atrás con esa gracia sobrenatural que solo poseen los verdaderamente condenados—. Todos comenzamos queriendo salvar a alguien, ayudar a los necesitados, limpiar la corrupción. Pero un día, inevitablemente, descubres que el poder no sacia la sed de justicia... solo perpetúa una sed diferente, más refinada, más sofisticada. Y tú tienes una sed que ningún aplauso, ningún mitin, ninguna mañanera saciará jamás. Es la sed de ser recordado como el salvador, y esa sed es infinita.

En ese momento, como si hubiera llegado la hora del juicio final, las cortinas rojas se descorrieron de golpe, todos los espejos se destaparon simultáneamente revelando sus superficies cristalinas... y AMLO descubrió, con horror genuino, que no se veía reflejado en ninguno de ellos. Solo aparecían los muebles, las velas, el Conde sonriendo con benevolencia diabólica, pero él había desaparecido completamente de todas las superficies reflectantes.

Despertó gritando con una angustia que no había sentido desde su última derrota electoral. Inmediatamente ordenó a su equipo que cubrieran todos los retratos oficiales del palacio, que apagaran todos los reflectores de las cámaras, y escribió en su libreta personal una nueva frase para repetir en futuras entrevistas y declaraciones públicas:

"A mí no me interesa el poder por el poder mismo. A mí solo me interesa servir al pueblo mexicano."

Curiosamente, nadie le preguntó jamás a quién servía realmente.

EL conde pensaba: *«Interesante criatura, este presidente sin reflejo. Se alimenta del pueblo con una delicadeza que casi lo hace pasar por redentor. No muerde... succiona esperanzas. No invade... seduce. Habla como si amara, pero exige obediencia. Se dice servidor, pero exige culto. Yo acepto mi naturaleza monstruosa; él la niega mientras la ejerce. Se baña en luz popular, pero huye de los espejos como yo de la cruz. Su sed no es de sangre, sino de memoria: quiere que lo recuerden eterno... aunque eso implique vaciar al pueblo de sí mismo. No es un vampiro. Es algo peor: un adicto al aplauso, convencido de que eso lo salva del abismo. Y el poder... nunca salva. Solo prolonga la condena.»*

Un murciélago comenta a otro mientras vuelan sobre el palacio: "Al menos nuestro amo ancestral solo nos obliga a chupar sangre una vez por semana. Este otro los obliga a aplaudir por tres horas cada mañana, lo cual es objetivamente más cruel."

Capítulo 8

El pequeño Príncipe de Macuspana

(Maquiavelo intenta explicarle el poder... y casi se vuelve marxista)

Aquella madrugada especialmente insomne, el exmandatario no pudo conciliar el sueño después de leer un artículo particularmente molesto en uno de esos periódicos conservadores que aún se empeñaban en existir. El artículo —firmado por algún columnista fifí que obviamente no entendía nada de transformación social— lo acusaba de "populismo ilustrado con pretensiones absolutistas y tendencias autocráticas disfrazadas de democracia participativa".

Para tranquilizar su espíritu combativo y recordar por qué tenía razón en todo, hojeó pausadamente su libro de frases célebres personales, esa recopilación de sus mejores momentos retóricos que algún editor visionario había tenido la brillante idea de publicar. Se detuvo, como siempre, en su frase preferida, esa que resumía toda su filosofía política: "Por el bien de todos, primero los pobres". La repitió tres veces en voz baja, como una oración laica, como un mantra revolucionario.

Se quedó dormido justo al llegar a la página donde aparecía la letra M, en una entrada que decía escuetamente: "Maquiavelo, Nicolás: autor de El Príncipe. Italiano. Incómodo para los poderosos. Probablemente habría sido de MORENA."

Y fue precisamente así como lo soñó.

Se hallaba en un despacho florentino que parecía diseñado específicamente para intimidar a cualquier visitante: sombras alargadas que se movían como acusaciones pendientes, mapas de poder político colgando de las paredes como trofeos de caza, plumas secas que parecían haber firmado tratados y sentencias de muerte, y tazas de tinta que lucían más espesas que la sangre de los enemigos del estado.

Allí, en una silla que parecía un trono disfrazado de mueble modesto, lo esperaba un hombre de porte afilado como una navaja de afeitar y sonrisa tan escurridiza como una promesa electoral. Llevaba una túnica sencilla que gritaba "soy del pueblo" pero con una calidad de tela que susurraba "aunque puedo permitirme lo mejor". Su mirada pesaba más que una reforma constitucional completa.

—¿Tú eres el que tanto habla del pueblo? —preguntó Nicolás Maquiavelo sin molestarse en levantarse, con esa economía de movimientos que caracteriza a quienes conocen íntimamente el valor real del poder.

—Soy su guía espiritual, su defensor incondicional, su vocero legítimo ante la historia —respondió AMLO con el tono épico que reservaba para las ocasiones en que se dirigía directamente a la posteridad.

—¿Y tú realmente crees que eso basta para gobernar? —preguntó Maquiavelo con una curiosidad genuina, como quien estudia un espécimen particularmente interesante.

—Gobernar es servir al pueblo —replicó AMLO con la seguridad de quien ha encontrado la fórmula perfecta—. Es escuchar sus necesidades, atender sus demandas, transformarlo todo desde la raíz.

Maquiavelo alzó una ceja con una lentitud que resultaba francamente ofensiva, como si estuviera procesando una información demasiado primitiva para su intelecto refinado.

—No, querido colega mexicano. Gobernar es mantener el poder el tiempo suficiente para hacer algo útil con él. Todo lo demás es sermón de fraile franciscano o consigna de campaña electoral. La transformación sin control absoluto se vuelve caos. La buena intención sin poder efectivo se convierte en anécdota para historiadores. Dime una cosa: ¿tú realmente crees que te siguen por convicción genuina o simplemente por inercia histórica?

—Me siguen por amor auténtico al proyecto de transformación nacional —declaró AMLO con esa fe que solo pueden tener los verdaderos creyentes en su propia misión.

—Entonces estás en un peligro mortal —sentenció Maquiavelo con la tranquilidad de quien enuncia una ley física—. Yo siempre sostuve, y la historia me ha dado la razón durante cinco siglos, que es infinitamente mejor ser temido que amado, si uno no puede conseguir ser ambas cosas simultáneamente. El amor del pueblo es volátil como el clima, cambia con las estaciones y las circunstancias. El temor, en cambio, es eficaz y duradero... siempre que se aplique con la elegancia suficiente para no parecer tiranía.

AMLO se removió incómodamente en su silla imaginaria, sintiendo por primera vez que alguien había puesto el dedo en una llaga que él mismo no sabía que tenía.

—Yo no infundo temor en nadie —protestó—. Yo predico honestidad radical, austeridad republicana, rectitud moral absoluta.

—Ah, la moral... —rio Maquiavelo con una carcajada que sonaba como monedas de oro cayendo en un cofre vacío—. Ese dulce disfraz del poder, esa máscara perfecta que permite hacer cualquier cosa mientras se proclama virtud. Eres exactamente como tantos príncipes que conocí en mi época: dices actuar exclusivamente por virtud, pero no toleras ni la más mínima crítica. Dices respetar escrupulosamente la ley, pero haces leyes perfectamente a tu medida. Dices ser auténticamente del pueblo, pero absolutamente todo gira en torno a tu voz, a tu interpretación, a tu versión de los hechos.

—Yo no tengo palacio lujoso —dijo AMLO, sintiéndose picado en su orgullo—. Rechacé todos los lujos del poder. Camino diariamente con el pueblo, como uno más.

—Y sin embargo gobiernas exactamente como un monarca ilustrado del siglo XVIII —exclamó Maquiavelo con una sonrisa que era pura admiración

profesional—. ¡Un príncipe rústico! ¡Un autócrata con huaraches! Es realmente brillante como estrategia. ¿Sabes cuál es tu error fundamental, querido Andrés?

—Ilumíname, maestro —dijo AMLO, y por primera vez en años sintió curiosidad genuina por una opinión ajena.

—Confundiste la permanencia con la razón histórica. El tiempo no te da automáticamente la verdad, solo te da la costumbre, la familiaridad. Has convertido el poder en costumbre nacional, y la costumbre... en destino inevitable. El pueblo ya no te sigue por convicción; te sigue por costumbre, como quien va a misa los domingos sin recordar exactamente por qué empezó a hacerlo.

AMLO quiso responder con alguna de sus explicaciones favoritas sobre la transformación y la cuarta república, pero Maquiavelo lo interrumpió con esa suavidad venenosa que caracteriza a los verdaderos maestros de la política.

—Y por favor, no te engañes a ti mismo: tú también divides al país sistemáticamente. También polarizas conscientemente a la población. También eliminas políticamente a los "traidores" y premias generosamente a los leales. Lo haces con palabras suaves en lugar de espada, con descalificaciones en lugar de hogueras, con exclusión social en lugar de exilio físico... pero el resultado final es exactamente el mismo. Has creado dos bandos irreconciliables, y eso, querido colega, es puro maquiavelismo de manual.

El florentino se levantó entonces con una sonrisa que no anunciaba precisamente paz mundial, sino más bien esa satisfacción que produce el reconocimiento mutuo entre profesionales del mismo gremio.

—Yo escribí El Príncipe para mostrar sin hipocresías cómo se conquista y se conserva el poder real. Tú lo has reescrito sin darte cuenta, actualizándolo para el siglo XXI... solo que en lugar de usar tinta y pergamino has usado popularidad y medios de comunicación. En lugar de ejércitos tienes militantes. En lugar de nobles tienes gobernadores. En lugar de conspiraciones tienes oposición. Pero la estructura, la mecánica profunda del poder, es idéntica.

Antes de desvanecerse en una nube de retórica renacentista perfumada con incienso de pragmatismo político, el maestro florentino dejó sobre el escritorio un manuscrito encuadernado en piel, abierto en una página que contenía una sola frase escrita con esa caligrafía perfecta que solo se aprende en los palacios:

"El poder mal administrado se cree eterno y construye monumentos a su propia grandeza. El buen gobernante, en cambio, lo teme cada día y construye instituciones que puedan sobrevivir sin él."

AMLO despertó con esa sensación extraña de quien ha soñado algo importante pero no está seguro de querer recordarlo. Inmediatamente

anotó en su libreta una nueva línea para usar en la mañanera del día siguiente:

"Yo no soy un príncipe del poder. Soy del pueblo, vengo del pueblo, y me debo completamente al pueblo."

Después la repitió siete veces en voz alta, cronometrando cuánto tardaba en decirla para calcular el impacto retórico óptimo. Luego agregó una nota al margen: "Investigar si Maquiavelo era conservador o neoliberal."

Desde su tumba florentina, Maquiavelo anota en los márgenes de la eternidad: *"Nota para futuras ediciones: el maquiavelismo perfecto, el más refinado y efectivo, es aquel que niega categóricamente ser maquiavélico mientras aplica todos y cada uno de los principios del manual. Este político mexicano ha logrado superar al maestro sin siquiera haberse leído el libro. Es, paradójicamente, un genio."*

Un gato florentino, descendiente directo de los gatos que ronroneaban en el regazo del maestro, comenta a otro: "Al menos nuestro amo original tenía la honestidad de llamar a las cosas por su nombre. Este otro ha inventado un idioma completamente nuevo donde 'poder' se llama 'servicio' y 'control' se llama 'transformación'. Como estrategia retórica, es admirable. Como ejercicio de autoengaño, es preocupante."

Capítulo 9

Teoría de la relatividad... transformadora

(Einstein y la curvatura del discurso presidencial)

Esa noche, el expresidente dormitaba con el ceño fruncido como un niño al que le hubieran quitado su juguete favorito. Había escuchado por la radio —esa radio bendita que nunca le contradice cuando él habla, pero que se vuelve "fifí" cuando otros la usan— a un periodista temerario afirmar que su "visión de país" parecía vivir en un universo paralelo al de los mortales comunes y corrientes. El comentario le había caído como balde de agua fría en plena mañanera, porque una cosa es inventar la realidad y otra muy distinta es que te agarren en el acto.

Inquieto, se quedó dormido murmurando como letanía sagrada: "No hay otra realidad más que la del pueblo... y la que yo construyo cada mañana a las siete en punto con café y galletas Marías". Y así, cruzando las fronteras de la lógica con la misma naturalidad con que cruzaba las fronteras de la congruencia, cayó en otro de sus sueños pedagógicos.

Se despertó —soñando, claro, porque hasta en sueños le gusta el protagonismo— en un laboratorio que parecía diseñado por Salvador Dalí después de una borrachera epistemológica. Flotaban relojes blandos como promesas de campaña, ecuaciones suspendidas en el aire como consultas ciudadanas, y libros que se desintegraban al intentar abrirse, exactamente como su relación con la prensa libre. En el centro de este delirio científico, frente a un pizarrón de tres dimensiones que habría hecho llorar de

envidia a cualquier escenógrafo de Televisa, un anciano de cabellos alborotados y ojos como agujeros de sabiduría garabateaba sin cesar, con la concentración de quien sabe que cada fórmula puede cambiar el universo.

—¿Usted es...? —preguntó AMLO con esa mezcla de curiosidad y desconfianza que reservaba para todo lo que sonara a conocimiento académico.

—Albert Einstein —dijo el hombre sin voltear, como si estuviera acostumbrado a recibir visitas de mandatarios confundidos—. Y tú debes ser el presidente mexicano que cree que el tiempo, el espacio y la verdad giran a su alrededor como planetas obedientes.

—Bueno, no exactamente —replicó AMLO, ajustándose la banda presidencial que llevaba puesta incluso en sueños, porque uno nunca sabe cuándo puede aparecer un fotógrafo onírico—. Yo simplemente he entendido que el tiempo del pueblo no es el mismo que el tiempo del poder. El pueblo tiene tiempo de sobra para escucharme, pero los conservadores siempre andan con prisa.

—¡Ah, perfecto! —exclamó Einstein, volteando por fin con esa sonrisa que sugería haber descifrado un misterio cósmico—. Entonces has comprendido mi teoría de la relatividad. Aunque, en tu caso, no es relatividad científica... es selectividad convenenciera. Solo aceptas el tiempo que te aplaude, la velocidad que te favorece, y la gravedad que no te jala hacia abajo en las encuestas.

AMLO se acercó al pizarrón con la cautela de quien se aproxima a un animal exótico. Estaba cubierto de fórmulas que le habrían dado pesadillas a cualquier estudiante de preparatoria, pero que en este caso tenían nombres que sonaban sospechosamente familiares:

$E = MC \text{ PRIAN}$ (*Energía igual a Masa por la velocidad de la Corrupción al cuadrado*)

$V = D/N$ (*Velocidad del discurso dividida entre la densidad de la narrativa*)

$F = ma(\text{ñanera})$ (*Fuerza igual a masa por aceleración mañanera*)

—Yo respeto la ciencia —dijo AMLO, con la incomodidad de quien pronuncia una mentira piadosa—. Aunque a veces la ciencia es elitista, conservadora, y está al servicio del extranjero. Nosotros escuchamos al pueblo, no a las élites académicas con sus títulos comprados en el extranjero y sus teorías que no le sirven al pueblo bueno y sabio.

Einstein sonrió con esa mezcla de ternura paternal y sarcasmo cósmico que había perfeccionado durante años de explicar la relatividad a periodistas que confundían la física cuántica con el horóscopo.

—Mira, querido "*colega*" —dijo Einstein, acentuando el "colega" con la ironía de quien compara una bicicleta con una nave espacial—, la verdad no necesita títulos universitarios, eso es cierto. Pero sí necesita método, evidencia, y sobre todo, honestidad intelectual. Y tú, mi estimado

transformador, tienes mucho entusiasmo patriótico y muy buenas intenciones sociales... pero cero método científico. Cambias tus datos según el calendario político, manipulas las estadísticas como un mago de pueblo, y tus números obedecen más a la fe guadalupana que a la física newtoniana.

—¡Pero es que la realidad es una construcción social! —insistió AMLO, recordando vagamente algo que había leído en un libro de sociología en sus años universitarios—. Yo la interpreto según los principios de justicia social, de amor al prójimo, y de compromiso histórico con los de abajo.

—La realidad, mi querido presidente soñador —corrigió Einstein con la paciencia de un maestro de primaria—, es tremendamente terca. Más terca que tú, y eso ya es decir mucho. Por eso, cuando chocas con ella de frente, no es ella la que se dobla y se acomoda a tus caprichos narrativos.

Para demostrar su punto, Einstein tomó una manzana del aire —porque en los sueños presidenciales hasta la fruta obedece a las leyes de la magia— y la dejó caer.

Pero en lugar de caer al suelo con la obediencia gravitacional de Newton, la fruta flotó caprichosamente, como encuesta favorable en año electoral.

—¿Ves? —dijo Einstein, señalando la manzana rebelde—. En tu universo onírico, ni siquiera la gravedad funciona según las leyes naturales. Aquí las constantes físicas son opcionales, como los contrapesos en tu gobierno, como la autocrítica en tus discursos, como la congruencia en tus políticas públicas.

—¡Pero hemos logrado grandes cosas! —protestó AMLO con el vigor de quien defiende a sus hijos—. Programas sociales históricos, obras de infraestructura faraónicas, moralización de la vida pública, combate frontal a la corrupción...

—¿Y la educación? —preguntó Einstein, mientras la manzana comenzaba a pudrirse en el aire como programa social mal diseñado—. ¿La ciencia? ¿La salud pública? ¿El crecimiento económico? ¿La seguridad ciudadana? ¿Sabes qué dijo un sabio mucho antes que yo? "La medida de la inteligencia es la capacidad de cambiar." Pero tú solo cambias las palabras para describir los mismos problemas... nunca cambias las ideas para resolverlos.

Einstein abrió entonces una carpeta que llevaba el título pomposo de "Informe sobre la energía transformadora de la Cuarta Transformación".

Dentro solo había humo de copal, aplausos dibujados a mano alzada, confeti de papel periódico, y un reloj sin manecillas que marcaba siempre las siete de la mañana.

—Gobernar sin método científico —sentenció Einstein, cerrando la carpeta con solemnidad cósmica— es como construir un tren bala sin rieles ni destino conocido. Puede tener toda la fuerza retórica del mundo, pero jamás tendrá dirección verdadera.

Y entonces, como si el sueño colapsara sobre su propio ego presidencial, todo empezó a doblarse según las leyes de la relatividad onírica: el pizarrón se curvó como resultado electoral incómodo, las fórmulas giraron en espiral como argumentos circulares, y AMLO fue absorbido por una especie de agujero negro que tenía un letrero muy claro: "Zona de realidad no compatible con narrativa oficial. Prohibido el paso a versiones alternativas de los hechos."

Despertó jadeando, con el sudor frío de quien ha visto la verdad desnuda y no le ha gustado nada el espectáculo. Se levantó tambaleándose, buscó un plumón indeleble, y escribió sobre la pared de su recámara, con la letra temblorosa de la revelación:

"La realidad también se transforma cuando uno tiene suficiente voluntad política y pueblo bueno que respalde la transformación."

Nadie se atrevió a borrarlo. Los empleados de limpieza fingieron que no lo habían visto.

Albert se decía: *«Curiosa forma de distorsionar el espacio-tiempo del discurso: cuanto más habla, más se curva la realidad a su conveniencia. No busca entender el universo... solo reafirmar que gira a su alrededor. Repite fórmulas emocionales, no principios racionales. Cree que la voluntad puede sustituir a la evidencia, y que las leyes de la política anulan las de la lógica. Yo dije que la imaginación era más importante que el conocimiento, pero no imaginé que eso justificaría tanta ignorancia deliberada. Si la relatividad aplicara al sentido común, él estaría en el extremo donde el pensamiento ya no tiene masa... solo inercia.»*

Capítulo 10

Cuando el pasado se siente actual

(Porfirio Díaz y la modernidad con puño de seda)

El presidente dormía inquieto como conciencia culpable. Una estatua lo había incomodado profundamente, y eso ya era decir mucho tratándose de alguien que se había pasado la vida incomodándose con monumentos ajenos. Esa misma mañana, durante una visita oficial a Oaxaca —donde siempre se sentía como en casa porque ahí hasta las piedras lo conocían desde joven—, alguien había tenido la osadía imperdonable de dejar flores frescas bajo el monumento a Porfirio Díaz. Y la prensa conservadora —¡ah, esa prensa vendida al mejor postor extranjero!— había tenido la desfachatez periodística de insinuar que las comparaciones entre ambos gobiernos eran cada vez menos exageradas y cada vez más documentadas.

El comentario le había caído como bomba atómica en plena conferencia matutina, porque una cosa es que lo comparen con los grandes transformadores de la patria, y otra muy distinta es que lo comparen con el mismísimo símbolo de la dictadura porfiriana. ¿Acaso no veían la

diferencia entre un demócrata transformador y un dictador modernizador? ¿Acaso no entendían que él gobernaba para el pueblo mientras que Porfirio había gobernado para los ricos?

Y así, entre murmullos defensivos de "no somos iguales para nada" y "el pueblo bueno no olvida quién es quién", cayó dormido con la respiración agitada del incomprendido... y soñó con la incomodidad de quien sabe que las comparaciones duelen porque pegan cerca del hueso.

Apareció súbitamente en un despacho que irradiaba orden prusiano y eficiencia germánica. Los muebles eran afrancesados como las costumbres de la época, los relojes daban la hora exacta sin necesidad de consultas ciudadanas, y detrás de un escritorio de mármol negro que habría costado el presupuesto anual de tres municipios, se encontraba sentado un hombre con la mirada fija de quien nunca había necesitado levantar la voz para hacerse obedecer. El bigote era del tamaño exacto de su autoridad: imponente, bien cuidado, y perfectamente simétrico.

—Bienvenido a mi despacho, señor López Obrador —dijo Porfirio Díaz con esa voz que no necesitaba micrófono ni amplificación artificial—. Me han informado mis asesores espectrales que usted se inspira políticamente... en todo lo que yo detesté de la demagogia popular.

—¡Yo... yo represento al pueblo! —tartamudeó AMLO con la indignación del acusado injustamente—. ¡Usted representó a los hacendados, al capital extranjero, a la represión sistemática de los trabajadores!

—Yo representé al orden social —corrigió Porfirio con la tranquilidad de quien ha gobernado treinta años sin necesidad de justificarse cada mañana—. Y usted, mi estimado colega temporal, representa la costumbre muy mexicana del desorden administrativo con narrativa épica de por medio. Dígame con honestidad: ¿cuántos años lleva usted queriendo transformar este país de manera definitiva?

—¡Toda mi vida adulta! Pero apenas seis años tuve el poder real para hacerlo.

—¿Y ya está pensando en quedarse más tiempo del constitucionalmente permitido?

—¡No, por supuesto que no! —protestó AMLO con la vehemencia del político honesto—. ¡Yo respeto la democracia y la alternancia! Me voy puntualmente. Pero quiero seguir influyendo en la vida nacional, como líder moral de la transformación, como figura histórica de consulta, como guía espiritual del pueblo bueno...

Porfirio Díaz sonrió con esa sonrisa que le había dado miedo hasta a Benito Juárez en sus pesadillas. Era la sonrisa de quien conoce todos los trucos del poder porque los había inventado un siglo antes.

—Ah, el viejo truco político del "ya me voy pero me quedo cerca por si me necesitan" —dijo Porfirio, levantándose con la elegancia de un aristócrata europeo—. Yo también lo practiqué durante décadas, aunque con más

estilo y menos explicaciones públicas. Usted le llama "transformación histórica". Yo le llamé "orden y progreso". En el fondo, ambos hemos sido obsesivos del control político absoluto. Usted en nombre del pueblo soberano. Yo en nombre de la paz social. Y el resultado práctico es exactamente el mismo: nadie puede toser en este país sin que el poder supremo lo autorice previamente.

—¡Pero yo sí he respetado las libertades fundamentales! —protestó AMLO, recordando vagamente la Constitución.

—¿De verdad? —preguntó Porfirio, caminando hacia la ventana con las manos en la espalda—. ¿Y cuántas veces ha descalificado públicamente a la crítica periodística? ¿Cuántas veces ha repetido que la prensa miente sistemáticamente, que los intelectuales están vendidos al extranjero, que todo el que lo contradice es automáticamente conservador y enemigo del pueblo?

—¡Porque es la pura verdad! —gritó AMLO con la convicción del iluminado.

—Y yo decía exactamente lo mismo hace ciento veinte años —replicó Porfirio, sin voltearse—. Los periodistas eran revoltosos, los intelectuales eran soñadores peligrosos, los opositores eran enemigos del progreso nacional. Y con esa lógica impecable, duré treinta años en el poder sin mayor dificultad constitucional.

El silencio en el despacho se volvió tan espeso como discurso presidencial en día de fiesta patria. Díaz se dirigió entonces hacia una vitrina de cristal que ocupaba toda una pared, llena de objetos que brillaban como trofeos de guerra.

—¿Sabe qué hay guardado aquí dentro, mi estimado sucesor ideológico?

—¿Medallas militares? ¿Condecoraciones extranjeras?

—No, querido López. Espejos. Todos los espejos que me rompieron cuando creyeron que me habían superado históricamente. Pero mire bien, querido Andrés... ya están todos reparados con paciencia artesanal. Y reflejan algo verdaderamente curioso para cualquier observador imparcial.

AMLO se asomó con la curiosidad morbosa del político que teme reconocerse. Lo que vio lo dejó helado: era su propio rostro, pero con el bigote inconfundible de Porfirio Díaz y la mirada autoritaria de quien jamás ha sido contradicho sin consecuencias.

—¡Esto es una distorsión grotesca! —gritó AMLO, retrocediendo como vampiro ante crucifijo—. ¡Yo no soy usted! ¡Yo luché toda mi vida contra todo lo que usted representó!

—¿Está completamente seguro de eso? —preguntó Porfirio, girando sobre sus talones con elegancia militar—. Usted construyó su imperio político desde la narrativa sagrada del "pueblo bueno". Yo lo hice desde el ferrocarril y la inversión extranjera. Usted gobierna desde el micrófono matutino. Yo lo hice desde el sable y la ley marcial. Pero ambos terminamos creyendo religiosamente que este país no puede caminar un

solo día sin nuestra sabiduría personal. Y eso, señor presidente transformador... eso se llama dictadura sentimental con disfraz democrático.

El sueño comenzó a desvanecerse como programa social mal planeado. Díaz volvió a su silla de mando, cruzó las manos con autoridad centenaria, y pronunció con voz apenas audible:

—Recuerde siempre, querido López: Pobre México... tan lejos del progreso real que prometemos, y tan cerca de nuestro propio reflejo autoritario que negamos.

AMLO despertó empapado en sudor frío. Se levantó, caminó al baño, se vio en el espejo... y durante un segundo terrorífico, creyó ver el bigote de Porfirio.

El General pensaba: *“Este López Obrador, un hombre del pueblo, con su retórica fuerte y sus promesas de cambio... Es loable si de verdad busca justicia social, pero temo que su desafío a las élites y su estilo populista desordenan la estabilidad que tanto costó construir. La modernización, para mí, fue orden y progreso con mano firme; él parece apostar más al sentimiento que a la estructura. Sin embargo, debo reconocer que la historia obliga a evolucionar y que la desigualdad no puede seguir siendo la sombra perpetua de México. Aunque no comparta sus métodos, reconozco que AMLO representa la voz de los olvidados, algo que ni en mis mejores años supe o quise atender del todo.”*

Capítulo 11

La herencia que no pidió

(Lázaro Cárdenas y el verdadero peso de la historia)

Aquella noche, el expresidente se quedó dormido en su silla favorita —esa que había mandado traer especialmente de Palacio Nacional porque allí se sentía más presidencial—, viendo una vieja grabación en blanco y negro de la expropiación petrolera. Era su película favorita, la que veía cuando necesitaba recordarse a sí mismo que él también era un presidente histórico, un transformador de verdad, un defensor auténtico de la soberanía nacional. Mientras la imagen granulosa de obreros alzando los brazos en señal de victoria se fundía poéticamente con la suya propia sobre un templete moderno lleno de pueblo agradecido, murmuró antes de cerrar los ojos con la satisfacción del deber cumplido:

"Gracias, General Cárdenas. Por abrirnos el camino de la transformación verdadera."

Y en su sueño, ese camino histórico se le apareció físicamente. Era una amplia avenida flanqueada por árboles de jacaranda en flor y retratos descoloridos del "México que sí fue justo y soberano". Las fotografías colgaban de los árboles como frutos de la memoria patria: campesinos recibiendo tierra, obreros defendiendo sus derechos, el petróleo

regresando a manos mexicanas, los refugiados españoles llegando con sus libros y su gratitud infinita.

A lo lejos, caminando con la parsimonia de quien no tiene prisa porque sabe exactamente hacia dónde va, una silueta militar se acercaba lentamente, como si midiera el tiempo histórico con cada paso meditado. Era Lázaro Cárdenas del Río, con su uniforme sin galones de vanidad personal y una mirada firme que no necesitaba adornos retóricos para imponer respeto.

—Presidente López Obrador —dijo el General con esa voz que había acostumbrado al país a escuchar verdades sin azúcar—. He estado observando desde mi perspectiva eterna que invocas mi nombre con bastante frecuencia en tus discursos públicos.

—Con todo el respeto que merece, mi General —respondió AMLO, cuadrándose instintivamente como soldado ante superior—. Usted es mi ejemplo histórico más puro. Yo, como usted en su momento, he defendido la soberanía nacional, he combatido la corrupción sistemática, he priorizado a los pobres y olvidados de siempre...

—Y sin embargo —interrumpió Cárdenas con la autoridad tranquila de quien no necesita alzar la voz para hacerse obedecer—, he observado con preocupación creciente que enarbolas mi legado histórico... como bandera de legitimidad política, no como principio de congruencia práctica.

AMLO se quedó en silencio por primera vez en décadas. Era la sensación extraña de quien, acostumbrado a tener siempre una respuesta lista, se encuentra súbitamente sin palabras ante la mirada de un verdadero gigante de la historia.

—Yo recorrí personalmente este país de punta a punta para escuchar directamente al pueblo —prosiguió el General con la paciencia del maestro que explica una lección fundamental—. Tú lo has recorrido para que el pueblo te oiga repetir las mismas promesas. Yo expropié el petróleo después de años de conflicto legal y lo convertí en palanca de desarrollo nacional; tú lo nombras, lo citas, lo abrazas públicamente... pero lo has vuelto ritual folclórico. Un símbolo para los discursos, no una política económica coherente.

—¡Pero yo rescaté Pemex de la privatización! —protestó AMLO con el fervor del defensor de la patria—. ¡Yo tengo principios auténticamente juaristas y cardenistas! ¡Yo soy el continuador de la verdadera tradición revolucionaria!

—¿Principios auténticos? —preguntó Cárdenas con esa suavidad militar que era más contundente que cualquier grito—. ¿O simulacros bien montados? ¿Sabes cuál fue la lección más dura que me enseñó el poder? Que uno no se impone a sí mismo como ejemplo histórico. Es la historia, con su paciencia infinita, quien decide qué acciones trascienden y cuáles se olvidan. Y tú, querido Andrés, has querido ser parte de esa historia

grande a la fuerza, con declaraciones diarias. Eso no es humildad revolucionaria... es ansiedad desesperada de estatua en vida.

El viento tibio soplaba entre las hojas de jacaranda, llevándose el aroma de las flores moradas como suspiros de la patria. Cárdenas siguió caminando con esa tranquilidad de quien tiene todo el tiempo del mundo porque ya cumplió su destino histórico.

—Yo nunca necesité repetir mi grandeza cada mañana en conferencia de prensa —continuó el General—. Tú la mencionas todos los días como si fuera medicina que se toma por prescripción médica. ¿Sabes qué hizo realmente diferente mi tiempo histórico del tuyo?

—¿Qué, mi General?

—Yo me fui del poder cuando terminó mi mandato. Y nunca volví a gobernar desde las sombras, ni desde los consejos, ni desde las "consultas morales". No impuse a mi hijo como sucesor. No dicté el futuro político del país. No me convertí en oráculo permanente. Me retiré con dignidad. Confié en que el pueblo sabría continuar el camino. ¿Tú podrás hacer lo mismo cuando llegue tu momento?

AMLO se encogió de hombros con la incomodidad de quien no quiere responder una pregunta que ya conoce la respuesta.

—Me duele profundamente dejar tanto trabajo por hacer, tantas transformaciones incompletas...

—El poder verdadero no se hereda como hacienda familiar —sentenció Cárdenas, deteniéndose frente a una piedra de cantera que parecía haber estado ahí desde la fundación de la República—. Ni se administra desde la nostalgia personalizada. La patria no es una obra personal que se firma como cuadro de museo. Es una lucha colectiva de generaciones... que no necesita mesías eternos ni salvadores indispensables.

Entonces el General señaló la piedra, donde estaban grabadas con letra sencilla dos frases que brillaban como oro en el atardecer:

"No puede haber democracia verdadera sin instituciones fuertes." "El patriotismo auténtico no se grita en los discursos: se ejerce en silencio todos los días."

AMLO quiso sacar su teléfono para fotografiar la piedra y citarla después en sus conferencias, pero cuando intentó tocarla, esta se desvaneció como humo de copal.

—Las lecciones de la historia —dijo Cárdenas con una sonrisa paterna— no se pueden copiar. Se tienen que vivir con honestidad personal.

Despertó con los ojos húmedos y una sensación extraña en el pecho, como si hubiera perdido algo muy valioso sin saber exactamente qué. Por primera vez en muchísimo tiempo, no dijo nada al despertar. Solo pidió a su personal que no lo interrumpieran esa mañana, que necesitaba pensar en silencio. Se quedó sentado junto a la ventana, mirando un árbol de

jacaranda que se sacudía al viento matutino, dejando caer sus flores moradas como lágrimas de la historia.

Lázaro Cárdenas del Río, ya solo en su despacho eterno, anota en su diario personal con letra firme: *"Hoy sostuve una conversación necesaria con el presidente López Obrador en el territorio de los sueños. Me recordé dolorosamente a mí mismo en mis peores momentos de soberbia: cuando la pasión genuina por la justicia social se volvía demagogia barata, cuando la necesidad legítima de comunicar se convertía en propaganda personal, cuando la defensa sincera del pueblo se transformaba imperceptiblemente en paternalismo condescendiente.*

Pero hay una diferencia fundamental que me duele reconocer: yo construía instituciones mientras explicaba políticas; él destruye instituciones mientras construye relatos. Yo organicé al pueblo mexicano para que fuera sujeto activo de su propia historia; él lo convierte sistemáticamente en objeto pasivo de sus programas asistenciales.

Es cierto que usa mi nombre y mis símbolos patrios con frecuencia obsesiva, pero no entiende la diferencia crucial: el cardenismo no fue nunca un culto a la personalidad presidencial sino un proyecto nacional de largo plazo. La expropiación petrolera no fue un capricho autoritario sino el resultado lógico de años de lucha obrera organizada. El reparto agrario no fue populismo electoral sino justicia social estructural documentada.

Me duele profundamente ver cómo el nacionalismo revolucionario degeneró en nacionalismo retórico, cómo la defensa auténtica de los desposeídos se volvió clientelismo electoral calculado, cómo la crítica legítima al imperialismo se transformó en pose anti gringa para consumo interno.

Pero más me duele observar que se presenta como mi heredero político cuando representa exactamente lo contrario de todo lo que defendí: donde yo busqué unir al país en un proyecto común, él divide sistemáticamente entre 'pueblo bueno' y enemigos; donde yo construí para el futuro, él destruye en nombre del pasado; donde yo organicé la participación ciudadana, él administra la dependencia social; donde yo realmente transformé estructuras económicas, él transforma únicamente discursos y percepciones.

La verdadera tragedia nacional no es que sea un mal presidente —esos los hemos tenido a docenas—, sino que sea un demagogo eficiente. Y la demagogia es la muerte lenta de cualquier revolución auténtica, porque convierte a los pueblos conscientes en masas obedientes y a los líderes servidores en caudillos indispensables.

Si esto es lo que entienden por Cuarta Transformación, que Dios todopoderoso y la Virgen de Guadalupe protejan a México de cualquier Quinta Transformación que pueda venir después."

Firma: Lázaro Cárdenas del Río, general del pueblo y defensor eterno de la verdadera Revolución Mexicana.

Capítulo 12

La sombra del Sur y el espejo del Norte

(Zapata confronta al "presidente del pueblo")

En una de esas noches en que los Alka Seltzer no funcionan y la conciencia se empeña en hacer su trabajo nocturno —cosa que, por cierto, rara vez hace durante el día—, el expresidente se encontró caminando por un campo que olía a promesas electorales fermentadas y a maíz subsidiado. El aire nocturno tenía esa densidad propia de los lugares donde han pasado demasiadas cosas importantes, o donde alguien quiere hacerte creer que han pasado.

De entre los árboles —que en los sueños de los políticos siempre están dispuestos de manera simbólica— apareció un hombre que parecía salido de esos billetes que ya nadie usa pero que todos guardan por nostalgia. Bigote como escoba de campaña, sombrero más ancho que su agenda legislativa, y esa mirada que tienen los hombres que murieron antes de convertirse en estatua de plaza pública.

—¿Eres tú, Andrés? —preguntó con una voz que resonaba como campana de iglesia en pueblo fantasma—. O más bien, ¿sigues siendo tú?

El expresidente, que había perfeccionado el arte de reconocer a los personajes históricos en situaciones oníricas —habilidad indispensable para cualquier político mexicano que se respete—, respondió con esa seguridad que da el haber usado la imagen del otro en cientos de discursos:

—Soy yo, general Zapata. El mismo que siempre ha honrado su lucha, el que lleva su bandera en el corazón y su nombre en cada mañanera.

Zapata no sonrió. Es más, puso esa cara que ponen los muertos cuando los vivos les dicen que los representan. Una cara entre el hastío y la indignación, como la de un autor al ver que Hollywood ha comprado los derechos de su novela.

—¿Honrarla dices? —preguntó, mientras se acomodaba el sombrero con la parsimonia de quien tiene toda la eternidad para hacer preguntas incómodas—. Pues dime, chamaco, ¿qué has hecho con la tierra que tanto mencionas en tus discursos? Y no me vengas con estadísticas del INEGI, que aquí en el más allá también leemos los periódicos.

AMLO se irguió con esa dignidad postiza que había cultivado en seis años de ejercicio presidencial:

—He apoyado a los campesinos como nadie, general. He impulsado una reforma agraria del siglo XXI, he luchado contra la desigualdad con programas sin precedente. Sembrando Vida, por ejemplo...

—¡Sembrando Vida! —interrumpió Zapata con una carcajada que sonó como maíz tostándose—. ¿Y cuántos de esos árboles que presumes en las

estadísticas están todavía vivos? ¿Cuántos ejidatarios siguen esperando que tus programas pasen del papel a la realidad mientras se ahogan en un mar de burocracias más enredadas que el cabello de una sirena?

El general revolucionario comenzó a caminar entre los surcos, pisando con la seguridad de quien conoce cada terruño:

—La tierra, Andrés, no se regala con discursos televisados ni se reparte con transferencias bancarias. La tierra se gana con sangre, se defiende con el machete y se trabaja con las manos. Tú repartes dinero y crees que repartes dignidad, pero el dinero sin tierra es limosna con apellido.

—Pero general —protestó AMLO, sintiendo que sus argumentos se desmoronaban como castillo de naipes en día ventoso—, yo luché toda mi vida contra la corrupción que ahoga al pueblo, contra el sistema que margina a los más pobres. Mi gobierno fue el más honesto de la historia.

Zapata se detuvo y lo miró con esa sonrisa sardónica que tienen los revolucionarios muertos cuando escuchan a los políticos vivos hablar de honestidad:

—¿La corrupción? ¿Nada más esa? Mira, muchacho, la corrupción no es solo el dinero que se roban —y aquí Zapata hizo una pausa dramática, como si fuera locutor de radionovela—. La corrupción también es prometer lo que no puedes cumplir. Es usar la bandera del pueblo para lustrar tu imagen personal. Es convertir la esperanza en mercancía electoral.

El aire se puso denso, como cuando va a llover o cuando un político está a punto de quedar en evidencia:

—Tú me usaste, Andrés. Usaste mi nombre, mi imagen, mis palabras. Me pusiste en tus carteles, me citaste en tus mítines, me convertiste en hashtag de campaña. Pero nunca entendiste lo que significaba "Tierra y Libertad".

—¿Cómo que no entendí? —replicó AMLO, con esa indignación defensiva de los estudiantes sorprendidos copiando en examen.

—Porque "Tierra y Libertad" no es un eslogan publicitario, es un programa de gobierno. Tierra significa que cada campesino tenga dónde sembrar, no que reciba dinero para sembrar en terreno ajeno. Libertad significa que pueda decidir qué sembrar y dónde vender, no que dependa de los programas gubernamentales para sobrevivir.

Zapata sacó su machete —que en los sueños políticos siempre brilla con luz propia— y comenzó a limpiar la hoja con un trapo que había aparecido de la nada:

—Tú, Andrés, convertiste mi revolución en programa asistencial. Hiciste de mis campesinos beneficiarios de la burocracia. Transformaste "Tierra y Libertad" en "Transferencia y Dependencia".

El expresidente sintió que se le quebraba esa seguridad construida en miles de mañaneras:

—Pero general, yo siempre me identifiqué con usted, siempre dije que era zapatista...

—¡Zapatista! —Zapata soltó una carcajada que hizo temblar las hojas de maíz—. Tú no eres zapatista, eres zapaterista. Un zapatista lucha para que el pueblo no necesite líderes. Un zapaterista lucha para que el pueblo lo necesite a él.

El campesino legendario se acercó más, y AMLO pudo ver en sus ojos esa mezcla de decepción y compasión que tienen los padres cuando descubren que su hijo reprobó el año:

—Yo luché para que la tierra fuera para quien la trabaja. Tú luchaste para que te vieran como el que reparte la tierra. Yo morí para que el pueblo fuera libre. Tú viviste para que el pueblo te fuera agradecido. Esa es la diferencia entre revolución y populismo, muchacho.

AMLO quiso levantar la voz, usar alguna de esas frases que había perfeccionado para salir de apuros dialécticos, pero descubrió que en los sueños las frases hechas no funcionan:

—No todo es blanco o negro, general. La política es compleja, hay matices...

—¡Matices! —Zapata levantó el machete hacia la luna llena—. Para el campesino que no tiene qué comer, sí es blanco o negro. O tiene tierra o no la tiene. O es libre o es dependiente. Los matices son para los intelectuales de café y los políticos de escritorio.

Entonces, como si la tierra misma lo reclamara —o como si el sueño llegara a su fin natural—, Zapata comenzó a desvanecerse, pero no sin antes dejar una última lección:

—Si quieres honrar mi memoria, deja de usarla. Si quieres continuar mi lucha, entiéndela primero. Y si quieres ser recordado como revolucionario, recuerda que los revolucionarios transforman la realidad, no los discursos.

El eco de su voz se perdió entre los surcos, repitiendo como mantra: "Tierra y libertad, no programas ni dependencia."

AMLO se quedó solo en el campo, rodeado de sombras que parecían murmurar estadísticas falsas y promesas incumplidas. A lo lejos se escuchaba el sonido de un arado, o tal vez era el ruido de una trituradora de documentos. En los sueños de los políticos, a veces es difícil distinguir.

Emiliano Zapata, ya solo entre los surcos que siguen esperando justicia, reflexiona mirando hacia un horizonte que se empeña en ser siempre el mismo: *"Hoy platiqué con López Obrador, el que se dice mi heredero pero que heredó todo menos lo importante. Me recordó a esos revolucionarios de salón que conocí en la capital, de esos que hablaban bonito de la justicia pero nunca se ensuciaron las manos con tierra de verdad, sino con la tierra de las oportunidades electorales."*

Dice que soy su inspiración, pero parece que se inspiró en la versión de museo, no en la versión de campo. Porque mi revolución no fue para crear

más programas gubernamentales, sino para acabar con la necesidad de que existieran. No luchamos para que el gobierno fuera más eficiente repartiendo migajas, sino para que los campesinos no necesitaran migajas.

Es cierto que usa mi nombre más que calcetín de domingo, pero no entiende que el zapatismo no fue populismo ilustrado, sino revolución agraria. Que no repartíamos votos disfrazados de apoyos, sino machetes para defenderse. Que no buscábamos beneficiarios, sino propietarios.

Me duele ver cómo convirtieron mi revolución en clientelismo electoral, mi grito de guerra en jingle publicitario, mi sangre en capital político. Porque cuando la revolución se vuelve programa de gobierno, deja de ser revolución y se convierte en administración de la pobreza con foto del funcionario.

Pero más me duele ver que el pueblo se conforme con ser tratado como menor de edad que necesita mesada gubernamental, cuando podría ser propietario de su destino. Que prefiera la seguridad de la dependencia a la incertidumbre de la libertad. Que cambie dignidad por dádiva.

Si esto es la Cuarta Transformación, yo sigo esperando que me expliquen cuáles fueron las otras tres. Porque la única transformación que veo es la de los revolucionarios en burócratas con PowerPoint, y la de los ideales en programas con nombre comercial.

Y ahora resulta que hasta los muertos tenemos que aguantar que nos usen de comparsa en las campañas de los vivos. ¡Si así hubiera sabido, mejor me hubiera dedicado a la agricultura!"

Un campesino que pasa por el sendero murmura: "Don Emiliano tenía razón: la tierra es de quien la trabaja, no de quien la promete en campaña." Y añade, mientras cuenta los billetes de su Sembrando Vida: "Pero ahora ya ni la prometen completa, nomás la rentan por sexenio y con intereses electorales."

Capítulo 13

El ideal quebrado

(Madero y la sombra de la democracia verdadera)

En una de esas noches en que hasta los expresidentes duermen mal — generalmente porque la conciencia trabaja horas extras sin cobrar tiempo extra—, AMLO se encontró en una habitación que tenía ese aire distinguido de las casas donde la gente lee libros completos y no solo los titulares de Twitter. Los muebles parecían hechos en una época en que las cosas se construían para durar más que un sexenio, y había un olor a civilidad que hacía mucho tiempo no se percibía en la política mexicana.

Frente a él, sentado en un sillón que había conocido mejores tiempos pero que conservaba su dignidad —a diferencia de muchas instituciones democráticas—, estaba un hombre que parecía salido de esas fotografías

donde los políticos todavía usaban corbata sin parecer disfrazados. Francisco I. Madero tenía esa apariencia de caballero que viene de épocas en que ser caballero significaba algo más que no eructar en público.

—¿Eres tú, Andrés? —preguntó Madero con la cortesía de quien fue educado cuando la educación todavía incluía buenos modales—. Te he visto mucho en los periódicos, aunque debo confesar que cada vez entiendo menos lo que leo en ellos.

El expresidente, que había perfeccionado el arte de la entrada triunfal incluso en los sueños, respondió con esa seguridad que da el haber ganado una elección con mayoría aplastante:

—Soy yo, don Francisco. El que ha tratado de continuar su obra democratizadora, el que devolvió el poder al pueblo y acabó con las élites corruptas.

Madero sonrió con esa sonrisa que ponen los profesores cuando un alumno dice algo técnicamente correcto pero fundamentalmente equivocado:

—¿De verdad? Qué interesante. Porque por lo que he visto desde este lado de la existencia, has hecho mucho ruido sobre la democracia, pero me pregunto si has entendido de qué se trata el asunto.

Y aquí Madero hizo una pausa, como esos actores de teatro que saben que el silencio puede ser más elocuente que mil palabras:

—Verás, Andrés, la democracia no es ganar una elección y después gobernar como si fueras el único que entendió el mensaje del pueblo. Eso se llama autoritarismo electoral, y es una modalidad muy popular entre los políticos que confunden legitimidad con impunidad.

AMLO se acomodó en su silla con esa incomodidad de los estudiantes que saben que viene regaño:

—Pero don Francisco, yo siempre respeté la voluntad popular. Mi gobierno fue el más democrático de la historia. Consulté al pueblo en todo momento.

—¡Ah, las consultas! —exclamó Madero con una sonrisa que mezclaba ironía con compasión—. Esas encuestas fabricadas para confirmar lo que ya habías decidido. Eso no es democracia, muchacho, eso es plebiscitarismo. Es la diferencia entre preguntar "¿qué opinas?" y preguntar "¿verdad que tengo razón?"

El apóstol de la democracia se levantó y comenzó a caminar por la habitación, con esa parsimonia de quien tiene argumentos sólidos y tiempo infinito para exponerlos:

—La democracia verdadera, Andrés, es respeto a la diversidad de opiniones, apertura al diálogo con quien piensa diferente, aceptación de que el disenso no es traición a la patria. Dime, ¿cuántos críticos de tu gobierno fueron etiquetados como enemigos del pueblo? ¿Cuántos periodistas fueron señalados en las mañaneras como adversarios del proyecto nacional?

—Es que había que defenderse de los ataques de la prensa fifí y de los conservadores —replicó AMLO con esa vehemencia de los políticos que confunden explicación con justificación.

Madero se detuvo y lo miró con esa expresión que tienen los padres cuando su hijo acaba de confesar que rompió el jarrón pero todavía intenta culpar al gato:

—¿Defenderse? ¿Con el poder del Estado? ¿Usando la tribuna presidencial para señalar a ciudadanos particulares? Eso no es defenderse, es abusar del poder. La verdadera democracia no teme a las críticas, las necesita. Sin críticos, la democracia se vuelve monólogo, y los monólogos largos aburren hasta a las piedras.

El expresidente sintió que sus argumentos se desmoronaban como castillo de naipes en huracán categoría cinco:

—Pero el pueblo me apoyaba. Mis niveles de popularidad siempre fueron altos.

—¡La popularidad! —Madero soltó una risa que sonó como campanas de iglesia en día de fiesta—. Confundes popularidad con democracia, como si fueran la misma cosa. Hitler también era popular, Stalin tenía sus admiradores, y no por eso eran demócratas. La popularidad sin instituciones es caudillismo con encuestas.

Madero regresó a su silla y se sentó con la elegancia de quien sabe que va a dar la lección definitiva:

—La democracia, querido Andrés, no es el gobierno del más popular, sino el gobierno limitado por las instituciones. No es la imposición de la mayoría, sino la protección de las minorías. No es la concentración del poder en manos del líder querido, sino la división del poder entre instituciones que se vigilan mutuamente.

AMLO quiso interrumpir, pero Madero levantó una mano con la autoridad moral de quien murió por sus principios en lugar de vivir de ellos:

—Déjame terminar. Tú hablas del pueblo como si fuera un ente homogéneo que piensa igual que tú. Pero el pueblo es diverso, contradictorio, complejo. Incluye a los que te votan y a los que no, a los que te aplauden y a los que te critican. Gobernar democráticamente es gobernar para todos, no solo para los que creen en ti.

El aire de la habitación se puso denso, como cuando está por caer un chaparrón o cuando un político está a punto de reconocer un error:

—¿Cuántas veces consultaste a la oposición antes de tomar decisiones importantes? ¿Cuántas veces modificaste tus políticas después de escuchar críticas legítimas? ¿Cuántas veces admitiste públicamente que te habías equivocado?

AMLO miró hacia el suelo, como niño regañado que sabe que no tiene excusas válidas:

—Es que la oposición siempre se opuso por oponerse. No querían el bien del país.

—Y ahí está tu error fundamental —dijo Madero con la paciencia de un profesor de primaria explicando las tablas de multiplicar—. Asumir que quien no está contigo está contra el país. Esa es la lógica del autoritario, no del demócrata. El demócrata entiende que la oposición puede tener razón, que las críticas pueden ser constructivas, que el disenso puede mejorar las decisiones.

Madero se levantó y se acercó al expresidente:

—No todo está perdido, Andrés. La democracia no es un estado, es un proceso. Se puede aprender, se puede corregir. Pero primero hay que entender que ser democrático no es solo ganar elecciones, sino gobernar con humildad, con apertura, con respeto por los que piensan diferente.

Le tendió la mano con la solemnidad de quien está transfiriendo una responsabilidad histórica:

—No dejes que la soberbia empañe la posibilidad de ser recordado como un verdadero demócrata. México necesita líderes que construyan instituciones, no que las debiliten. Que fortalezcan la pluralidad, no que la combatan.

AMLO tomó la mano con la fuerza de quien se aferra a un salvavidas:

—Gracias, don Francisco. Intentaré entender mejor lo que significa la democracia.

Y mientras Madero se desvanecía en la luz del amanecer —que en los sueños de los políticos siempre es simbólica—, el expresidente despertó con una mezcla extraña de culpa existencial y determinación tardía.

Francisco I. Madero, ya solo en una biblioteca donde los libros no mienten ni adulan, escribe en su diario con la honestidad brutal de los muertos: *"Hoy conversé con López Obrador, el que se presenta como mi heredero democrático pero que parece haber heredado todo menos lo esencial. Me recordó a mí mismo en mis peores momentos: cuando la indignación contra la injusticia se convertía en impaciencia antidemocrática, cuando el amor al pueblo se transformaba en paternalismo autoritario, cuando la legitimidad electoral se confundía con cheque en blanco para hacer lo que se me ocurriera.*

Pero hay una diferencia fundamental que no puedo ignorar: yo construí instituciones democráticas mientras él las socavó sistemáticamente, yo fortalecí la división de poderes mientras él la atacó por inconveniente, yo respeté a la oposición mientras él la convirtió en enemigo público número uno.

Es cierto que usa mi legado como carta de presentación, pero no entiende que el maderismo no fue populismo con corbata, sino institucionalismo democrático. Que el 'Sufragio Efectivo' no significa solo votar cada seis años, sino votar en condiciones de libertad, información y pluralidad real.

Que la 'No Reelección' no es solo no repetir en el cargo, sino no perpetuarse en el poder por otros medios.

Me duele ver cómo degeneró la democracia mexicana en gobierno por mañaneras, cómo la división de poderes se volvió obstáculo para la voluntad presidencial, cómo la crítica independiente se transformó en traición a la patria. Todo lo que construimos con sangre, él lo derrumbó con discursos.

Pero más me duele ver que se presenta como mi continuador cuando representa exactamente lo contrario: donde yo busqué institucionalizar el poder, él lo personalizó; donde yo promoví el equilibrio entre poderes, él promovió la supremacía presidencial; donde yo respeté la pluralidad política, él impuso la unanimidad ideológica; donde yo democraticé, él solo popularizó.

La verdadera tragedia no es que haya sido un presidente popular —eso hasta puede ser bueno para la democracia—, sino que haya sido un demócrata tan falso como billete de tres pesos. Y la falsa democracia es más peligrosa que la dictadura abierta, porque engaña al pueblo haciéndole creer que es libre cuando en realidad está siendo manipulado por un caudillo con retórica democrática.

Si esto es la Cuarta Transformación democrática, que Dios nos libre de que se convierta en la Última Transformación. Porque después de esto, va a ser muy difícil convencer a los mexicanos de que la democracia no es sinónimo de demagogia con hashtag."

Un estudiante de ciencias políticas que pasa por la biblioteca murmura: "Don Francisco tenía razón: la democracia no es el gobierno del pueblo, sino el gobierno responsable ante el pueblo." Y añade, mientras revisa las estadísticas de polarización política: "Pero ahora confunden democracia con popularimetría, y legitimidad con rating de mañanera."

Capítulo 14

El crepúsculo de los ideales

(Nietzsche y la voluntad de poder que no se atreve a ser superhombre)

En una de esas noches en que hasta los expresidentes más seguros de sí mismos tienen pesadillas existenciales —generalmente después de leer sus propias biografías—, AMLO se encontró en un salón que parecía diseñado por alguien que había leído demasiados libros de filosofía y tenía presupuesto ilimitado para velas. Las sombras danzaban en las paredes como argumentos en debate parlamentario, y había un olor a sabiduría añeja que contrastaba notablemente con el aroma a oportunismo político que últimamente lo seguía a todas partes.

Frente a él, sentado en una silla que parecía un trono diseñado por un intelectual con complejo de rey, estaba un hombre delgado cuyo bigote

podría haber tenido su propia biografía. Friedrich Nietzsche tenía esa mirada penetrante de quien ha visto demasiado y ha pensado aún más, y esa sonrisa sardónica de quien sabe que está a punto de arruinarle la tranquilidad existencial a alguien.

—Así que tú eres Andrés —dijo Nietzsche con una voz que sonaba como si hubiera sido afinada en el conservatorio del cinismo—, el que habla tanto de moral y pueblo. Dime, ¿has entendido alguna vez lo que es la voluntad de poder, o sigues confundiéndola con voluntad de quedar bien?

El expresidente, que había perfeccionado el arte de dar respuestas moralmente correctas incluso en situaciones filosóficamente complejas, respondió con esa seguridad que da el haber sido aplaudido por multitudes:

—Yo creo en la justicia social, profesor. En la transformación moral de México, en el gobierno del pueblo y para el pueblo.

Nietzsche soltó una carcajada que sonó como cristales rompiéndose en catedral vacía:

—¡Justicia social! ¡Transformación moral! ¡Gobierno del pueblo! —repitió con el deleite de un coleccionista que acaba de encontrar piezas raras de ingenuidad política—. Palabras hermosas que usan los débiles para disfrazar su resentimiento, y los mediocres para justificar su mediocridad.

El filósofo se levantó y comenzó a caminar por el salón con la elegancia de un depredador intelectual que ha identificado a su presa:

—Tú hablas de servir al pueblo, pero en realidad buscas que el pueblo te sirva. Hablas de moral, pero tu moral es la de los esclavos: la que prohíbe la grandeza para que todos sean igualmente pequeños. Hablas de justicia, pero tu justicia es la venganza de los mediocres contra los excepcionales.

AMLO se revolvió en su silla con la incomodidad de quien está siendo psicoanalizado por alguien que no cobra por sesión pero cobra con dureza intelectual:

—Pero profesor, yo vengo del pueblo. No puedo ignorar el sufrimiento de los más débiles.

—¡Exacto! —Nietzsche señaló con el dedo como fiscal que acaba de obtener la confesión definitiva—. Por eso no eres superhombre, sino super demagogo. Un superhombre crea valores nuevos; tú reciclas valores viejos con empaque electoral. Un superhombre trasciende la moral establecida; tú la conviertes en programa de gobierno.

El filósofo alemán se acercó más, y AMLO pudo ver en sus ojos esa mezcla de fascinación y desprecio que sienten los científicos cuando estudian especímenes particularmente interesantes:

—Dime, Andrés, ¿alguna vez has hecho algo verdaderamente grande? ¿Algo que requiriera valor real, no popularidad barata? ¿Algo que te pusiera en riesgo de ser odiado por hacer lo correcto, en lugar de ser amado por decir lo que quieren escuchar?

AMLO quiso recurrir a su arsenal de logros presidenciales, pero descubrió que en los sueños filosóficos las estadísticas no impresionan a nadie:

—Construí el Tren Maya, cancelé el aeropuerto de Texcoco, combatí la corrupción...

—¡Basta! —Nietzsche levantó una mano con la autoridad de quien ha leído todos los libros que importan y varios que no—. Obras de ingeniero político, no de creador de valores. Decisiones de administrador popular, no de legislador moral. ¿Dónde está tu creación original? ¿Dónde está tu aportación única a la humanidad?

El expresidente sintió que se le desmoronaba esa seguridad construida en miles de mañaneras y millones de votos:

—Pero la moral es necesaria, profesor. Sin ella habría caos, injusticia...

—¡La moral! —Nietzsche comenzó a reír con esa risa que tienen los dioses cuando ven a los mortales preocuparse por cosas que no importan—. La moral es una camisa de fuerza que inventaron los débiles para controlar a los fuertes. Es el mecanismo que usa la mediocridad para impedir la grandeza. Es la forma que tiene el rebaño de domesticar a los lobos.

Nietzsche se sentó en el borde de su escritorio, como profesor universitario a punto de dar la lección más importante del semestre:

—Tú, Andrés, hablas constantemente de moral, pero ¿sabes por qué? Porque tienes miedo. Miedo de ser juzgado, miedo de la soledad que implica el poder real, miedo de tomar decisiones que no sean aplaudidas por las masas. Prefieres ser pastor de rebaño que lobo solitario.

El aire del salón se puso denso, como cuando está por caer una revelación filosófica o cuando un político está a punto de enfrentar una verdad incómoda:

—Dime la verdad, ¿alguna vez has tomado una decisión sabiendo que sería impopular pero correcta? ¿Alguna vez has elegido la grandeza sobre la aprobación? ¿Alguna vez has preferido ser odiado por hacer lo necesario, que amado por hacer lo conveniente?

AMLO quiso mentir, pero descubrió que en los sueños filosóficos la deshonestidad intelectual es imposible:

—Yo... yo siempre busqué el consenso, la aprobación popular...

—¡Ahí tienes tu problema! —Nietzsche se levantó como abogado que acaba de encontrar la prueba definitiva—. El superhombre no busca consenso, lo crea. No busca aprobación, la trasciende. No busca ser amado, busca ser necesario. Tú eres un político que juega a ser filósofo, no un filósofo que accidentalmente se volvió político.

El expresidente sintió que toda su construcción ideológica se desmoronaba como castillo de arena en marea alta:

—Pero profesor, ¿no es mejor gobernar con el pueblo que contra él?

Nietzsche lo miró con esa compasión cruel que sienten los maestros cuando sus alumnos hacen preguntas que revelan la profundidad de su ignorancia:

—¿Gobernar con el pueblo? ¿O gobernar para quedar bien con el pueblo? Hay una diferencia abismal, muchacho. Gobernar con el pueblo significa elevarlo, educarlo, llevarlo más allá de sus limitaciones actuales. Gobernar para quedar bien con el pueblo significa mantenerlo en su mediocridad para que siga aplaudiendo.

El filósofo se acercó y puso una mano en el hombro del expresidente, como médico que está a punto de dar un diagnóstico terminal:

—Tú no gobiernas, Andrés. Tú administras popularidad. No creas, administras expectativas. No transformas, administras ilusiones. Eres un gerente de esperanzas, no un creador de realidades.

AMLO quiso replicar, pero las palabras se le atoraron como promesas de campaña en la realidad:

—Entonces, ¿qué debería haber hecho?

—¡Esa es la pregunta equivocada! —Nietzsche comenzó a caminar de nuevo, con la energía de quien está llegando al clímax de su argumentación—. No deberías preguntarte qué hacer, sino qué crear. No cómo ser popular, sino cómo ser necesario. No cómo servir al pueblo, sino cómo hacer que el pueblo se sirva a sí mismo.

El aire se llenó de esa tensión que precede a las revelaciones filosóficas o a los colapsos existenciales:

—Despierta, Andrés. No eres el salvador que crees ser. No eres el mártir que pretendes ser. Solo eres un hombre que descubrió que es más fácil administrar problemas que resolverlos, que es más cómodo ser querido que ser efectivo, que es más seguro prometer que cumplir.

Nietzsche comenzó a desvanecerse, pero no sin antes dejar su lección final:

—Recuerda esto: quien mira mucho al abismo de la popularidad, termina siendo parte de él. Y tú, amigo mío, llevas seis años haciendo el clavado.

El sueño se oscureció como programa de televisión que perdió el patrocinio. AMLO despertó sudando frío, con una frase resonando en su mente como jingle publicitario mal hecho:

"¿Eres tú quien gobierna el poder, o es el poder quien te gobierna para seguir siendo popular?"

Friedrich Nietzsche, ya solo entre libros que no necesitan ser explicados en mañaneras, escribe en su diario con la brutalidad intelectual de quien no tiene que preocuparse por las encuestas: *"Hoy conversé con López Obrador, el presidente que se cree superhombre pero que resultó ser super mediocre. Me recordó a todos los 'redentores de la humanidad' que he conocido a lo largo de la historia: hombres que confunden su voluntad*

de poder con filantropía electoral, que disfrazan su mediocridad con virtudes de catálogo, que prefieren ser pastores de rebaños aplaudidores antes que creadores de superhombres críticos.

Es cierto que habla de transformación, pero no entiende que la verdadera transformación es individual antes que colectiva, que viene de arriba hacia abajo en términos de calidad humana, no de abajo hacia arriba en términos de popularidad. Que los valores no se descubren por consulta popular, sino que se forjan en la soledad del pensamiento original.

Me resulta particularmente molesto ver cómo pervierte el concepto mismo de voluntad de poder, presentándola como servicio cuando en realidad es creación, como humildad cuando en realidad es dominio intelectual. Al menos los tiranos clásicos eran honestos con sus ambiciones. Estos nuevos tiranos morales son más peligrosos porque se engañan a sí mismos mientras engañan a otros.

Pero lo que más me irrita es ver que el pueblo prefiere la comodidad de ser dirigido por un bufón bondadoso a la responsabilidad de ser elevado por un genio incómodo. Que prefiere la seguridad de la moral prefabricada a la aventura de crear valores propios. Que prefiere la igualdad en la mediocridad a la desigualdad en la excelencia.

Si esta es la evolución de la política moderna, entonces Darwin se equivocó completamente: no sobrevive el más apto intelectualmente, sino el más adaptado a la estupidez colectiva. No el superhombre, sino el súper-demagogo con programa de televisión.

Pero quizás esa sea precisamente la función de los filósofos: ser la voz solitaria que grita verdades incómodas en el desierto de la democracia, recordando que algunos hombres están destinados a crear mientras otros prefieren solo administrar. Y que los que crean no deben pedir permiso a los que administran para seguir creando."

Un estudiante de filosofía que pasa por la biblioteca murmura: "Nietzsche tenía razón: la democracia es el triunfo de la mediocridad organizada sobre la genialidad individual." Y añade, mientras revisa las estadísticas de aprobación presidencial: "Pero ahora hasta la mediocridad se presenta como genialidad revolucionaria con conferencia matutina incluida."

Capítulo 15

El maestro y el aprendiz en el Palacio Nacional

(Confucio enseña que el buen gobierno es armonía, no mañaneras)

AMLO se encontró en un jardín que parecía sacado de una película de artes marciales de segunda categoría, con cerezos en flor que se veían demasiado perfectos para ser reales y un anciano que, francamente, tenía toda la pinta de ser actor de reparto en algún drama histórico de Televisa.

—¿Quién eres, jefe? —preguntó AMLO con esa familiaridad que usaba para dirigirse tanto a los niños como a los dignatarios extranjeros.

—Soy Confucio —respondió el anciano, acariciándose una barba que parecía recién teñida en el salón de belleza del barrio chino—. Un simple maestro de la virtud y la armonía. Aunque por lo que he visto de tus conferencias matutinas, creo que necesitas más del segundo que del primero.

—Ah, pues yo soy el presidente que vino a transformar México —dijo AMLO, inflando el pecho como gallo de pueblo—. El que acabó con la corrupción y la mafia del poder.

Confucio levantó una ceja con el escepticismo de quien ha visto pasar emperadores, mandarines y demás fauna política a lo largo de los siglos.

—Dime una cosa, Andrés Manuel —comenzó el sabio, usando ese tono paternal que AMLO reservaba para regañar a los periodistas—. ¿Tú crees que gobernar consiste en hablar dos horas diarias frente a una cámara?

—Pues sí, ¿no? Es la manera de comunicarme directamente con el pueblo —respondió AMLO, con la misma convicción con la que defendía que el aeropuerto de Santa Lucía era mejor que el de Texcoco—. Sin intermediarios, sin distorsiones.

—Ajá —murmuró Confucio, con esa expresión que ponen los maestros cuando un alumno dice algo particularmente tonto—. Y dime, en esas dos horas diarias, ¿cuánto tiempo dedicas a escuchar?

—¿Escuchar? Pues... escucho las preguntas de los reporteros.

—No me refiero a eso, hijo. Me refiero a escuchar de verdad. A ponerte en el lugar del otro, a entender puntos de vista distintos al tuyo, a reconocer que quizás, solo quizás, no siempre tienes la razón.

AMLO se removió incómodo en su asiento, como cuando le preguntaban por qué había tantos muertos en su sexenio.

—Es que mira, maestro —comenzó, adoptando ese tono de abuelito bonachón que usaba cuando iba a decir algo particularmente absurdo—, yo ya tengo experiencia. Fui jefe de gobierno, fui candidato tres veces, conozco al pueblo.

—¿Conoces al pueblo o conoces a tus seguidores? —interrumpió Confucio con la precisión de un cirujano—. Porque me parece que confundes al pueblo con el coro que te aplaude en el Zócalo.

—No, no, no —protestó AMLO, agitando las manos como espantando moscas—. Yo represento al pueblo humilde, al pueblo trabajador, al pueblo bueno.

—¿Y el pueblo fifí no es pueblo? —preguntó Confucio con una sonrisa que hubiera hecho palidecer al más experimentado político priista—. ¿Los que no te votaron dejaron de ser mexicanos? ¿Los que te critican se volvieron extranjeros?

—Bueno, es que esos representan a los intereses creados, a la mafia del poder...

—Andrés, Andrés —lo interrumpió el sabio con la paciencia infinita de quien ha tenido que lidiar con emperadores caprichosos—. ¿No te parece un poco simplista dividir al mundo entre buenos y malvados, como en las películas de Pedro Infante?

AMLO se quedó callado por primera vez en años. Era una sensación tan extraña que por un momento creyó que se había quedado mudo.

—Mira —continuó Confucio, aprovechando el silencio—, el verdadero líder es como un director de orquesta. No toca todos los instrumentos, pero logra que suenen en armonía. Tú, en cambio, pareces más bien un solista que se empeña en tocar solo y encima desafinado.

—¿Desafinado? —saltó AMLO, recuperando el habla—. ¡Si yo tengo el respaldo del pueblo! ¡Si mis mañaneras son vistas por millones!

—Sí, como las telenovelas —replicó Confucio con sorna—. También tienen millones de espectadores, pero eso no las convierte en arte.

El jardín comenzó a difuminarse, como cuando se acaba el presupuesto de efectos especiales en una película mexicana. Confucio se levantó, sacudió su túnica con la elegancia de quien no tiene que preocuparse por las encuestas, y se despidió:

—Recuerda, Andrés: un verdadero líder no necesita recordarle constantemente a la gente que es su líder. Es como la dignidad: quien la tiene no necesita anunciarla.

AMLO despertó en su cama de Palacio Nacional, sudando como si hubiera corrido un maratón, o como cuando le preguntaban por los fideicomisos que había cancelado.

Se levantó, se dirigió al espejo del baño, y por un momento tuvo la terrible sospecha de que el anciano chino tenía razón. Pero la sensación le duró apenas unos segundos, lo que tardó en recordar que tenía que preparar la mañanera del día siguiente para explicar por qué los maestros chinos eran parte de la mafia del poder internacional.

Confucio, de vuelta en su templo celestial, tomó su pincel de bambú y escribió en su diario eterno: *"Hoy tuve que lidiar con López Obrador, el presidente mexicano. Me recordó a esos discípulos que llegaban a mi academia creyendo que ya lo sabían todo, solo que este llegó con banda de música y conferencia de prensa."*

El hombre sufre de una enfermedad muy común entre los políticos modernos: confunde la popularidad con la sabiduría, el ruido con la comunicación, y la terquedad con la firmeza. Es como un predicador que se ha convencido de que su sermón es más importante que la salvación de sus feligreses.

Lo más preocupante es que ha logrado convencer a millones de que sus defectos son virtudes. Llama 'autenticidad' a su incapacidad de aceptar críticas, 'cercanía al pueblo' a su demagogia, y 'transformación' a su

capricho personal de cambiar todo lo que le parece mal sin consultar si funciona.

Es el tipo de líder que surge cuando una sociedad está tan harta de los políticos tradicionales que está dispuesta a cambiarlos por un político tradicional que dice no ser tradicional. Como cambiar de marca de cigarro para dejar de fumar.

Pero lo que más me preocupa es su relación con la verdad. Para él, la verdad no es algo que se descubre, sino algo que se declara. Y una vez que la ha declarado, el mundo entero debe adaptarse a su versión de los hechos. Es como un niño que insiste en que dos más dos son cinco, y cuando le demuestran lo contrario, acusa a las matemáticas de ser fifís.

Al final, me quedó claro que no vino a aprender, sino a que le confirmara lo que ya creía. Que es exactamente lo opuesto de lo que debe hacer un gobernante sabio.

Si esto es el futuro de la democracia, prefiero quedarme en el pasado, donde al menos los tiranos tenían la decencia de no fingir que eran maestros."

Un estudiante de filosofía que pasaba por el templo murmuró: "El Maestro Kong tenía razón: 'El que sabe que no sabe, sabe. El que no sabe que no sabe, es un ignorante. Y el que sabe que no sabe pero dice que sabe, es político.'" Aunque esta última parte la agregó él, porque Confucio era más educado.

Capítulo 16

El Fausto y el sueño del poder

(Goethe y la eterna búsqueda de sentido más allá de la mañana)

AMLO se encontró en una biblioteca que parecía sacada de una película alemana de arte y ensayo, de esas que dan en los cines de la Cineteca y que nadie entiende pero todos dicen que están muy buenas. Un hombre distinguido, con cara de haber leído todos los libros del mundo y algunos más, lo observaba desde un sillón de cuero que había visto mejores siglos.

—¿Quién eres, jefe? —preguntó AMLO, usando esa familiaridad que había perfeccionado para dirigirse tanto a Obama como al de la tienda de la esquina.

—Johann Wolfgang von Goethe —respondió el hombre con un acento que sonaba como si hubiera estudiado en el Colegio Alemán de la colonia Del Valle—. Escritor, científico, político... aunque principalmente, un observador de las miserias humanas.

—Ah, pues yo soy escritor también —dijo AMLO, inflando el pecho—. Escribí varios libros. "La Mafia nos Robó la Presidencia", "Un Proyecto de Nación"...

—Sí, los conozco —interrumpió Goethe con la sonrisa cortés de quien ha tenido que leer cosas peores—. Son... interesantes. Aunque más que literatura, parecen manifiestos políticos escritos con la prisa de quien tiene que llegar a una cita.

—Es que escribo para el pueblo, no para los intelectuales —se defendió AMLO, como si ser entendible fuera un defecto—. Uso un lenguaje sencillo, directo.

—Claro, claro —murmuró Goethe con esa condescendencia educada que usan los europeos cuando hablan con latinoamericanos—. Pero dime, Andrés, ¿no crees que simplificar y empobrecer son cosas distintas?

—¿Cómo?

—Te explico —continuó Goethe, adoptando el tono de profesor que explica algo muy básico a un alumno muy lento—. Una cosa es hacer accesible lo complejo, y otra muy distinta es hacer simple lo que no debe serlo. Tu discurso político, por ejemplo, reduce la realidad mexicana a una lucha entre buenos y malvados, como si fuera un cuento de hadas para adultos.

—Es que la realidad es así de simple —insistió AMLO con la terquedad de quien nunca ha tenido que cambiar de opinión—. Están los que están con el pueblo y los que están contra el pueblo.

Goethe suspiró con la profundidad de quien ha visto emperadoras, revoluciones, guerras napoleónicas y demás espectáculos de la humanidad.

—¿Sabes quién hablaba así? —preguntó con esa sonrisa que precede a las revelaciones incómodas—. Mefistófeles, el diablo de mi Fausto. Él también dividía el mundo en bandos opuestos, también prometía soluciones mágicas a problemas complejos.

—¿Me está comparando con el diablo? —saltó AMLO con la indignación de quien se siente incomprendido por el mundo entero.

—No, no —se apresuró a aclarar Goethe—. Te comparo con Fausto, el protagonista. Un hombre inteligente pero impaciente, que quería transformar el mundo sin tomarse el tiempo de entenderlo primero.

—Pues yo sí entiendo México —protestó AMLO—. Llevo cincuenta años en la política.

—Cincuenta años haciendo lo mismo no equivalen a cincuenta años de experiencia —replicó Goethe con la precisión de un bisturí—. A veces equivalen a un año de experiencia repetido cincuenta veces.

AMLO se removió en su silla, incómodo. Era la misma sensación que tenía cuando los periodistas le hacían preguntas que no podía contestar con sus muletillas habituales.

—Mira, Andrés —continuó Goethe, adoptando un tono más paternal—, en mi Fausto, el protagonista hace un pacto con el diablo para obtener

conocimiento y poder. Pero al final se da cuenta de que lo que realmente buscaba no era el poder sobre otros, sino el poder sobre sí mismo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Que tú hiciste el pacto opuesto —explicó Goethe con una sonrisa melancólica—. Vendiste la posibilidad de crecer intelectualmente a cambio de mantener tu popularidad. Renunciaste a la complejidad del pensamiento para conservar la simplicidad del discurso.

—Es que si uno habla muy complicado, el pueblo no entiende —se defendió AMLO, repitiendo el mantra que había usado desde que descubrió que era más fácil hablar para el público que pensar para sí mismo.

—El pueblo entiende más de lo que crees —replicó Goethe—. Lo que pasa es que tú has decidido que es más conveniente subestimarlo que educarlo. Es más fácil bajar a su nivel que ayudarlo a subir al tuyo.

—¿Bajar? ¡Yo vengo del pueblo!

—Venir del pueblo y servir al pueblo son cosas distintas —sentenció Goethe—. Uno puede venir de la pobreza y enriquecerse, venir de la ignorancia y educarse, venir de la opresión y convertirse en opresor. El origen no determina el destino, las decisiones sí.

La biblioteca comenzó a difuminarse, como cuando se acaba el tiempo en un debate televisivo. Los libros se desvanecían uno por uno, como las promesas de campaña.

—Recuerda, Andrés —dijo Goethe, levantándose con la elegancia de quien no tiene que preocuparse por los ratings—: el verdadero poder no está en convencer a la gente de que tienes razón, sino en tener razón aunque la gente no esté convencida.

AMLO despertó en su cama de Palacio Nacional, con la extraña sensación de haber perdido una discusión importante. Se levantó, fue al baño, se miró en el espejo, y por un momento se preguntó si no habría sido mejor leer más libros y dar menos conferencias de prensa.

Pero la duda le duró apenas unos segundos, lo que tardó en recordar que tenía que preparar la mañanera para explicar por qué los escritores alemanes eran parte de la mafia del poder cultural internacional.

Goethe, de vuelta en su estudio celestial, tomó su pluma y escribió en su diario personal: *"Hoy conversé con López Obrador, el presidente mexicano. Me recordó a esos estudiantes universitarios que llegan a clase creyendo que leer el resumen es lo mismo que leer el libro, que opinión es lo mismo que conocimiento, y que gritar es lo mismo que argumentar."*

El hombre padece de una enfermedad muy moderna: la incapacidad de tolerar la incertidumbre. Necesita tener una respuesta para todo, una explicación para cada problema, un culpable para cada fracaso. Es como un médico que diagnostica todas las enfermedades como gripe porque es lo único que sabe curar.

Lo más preocupante es su relación con la cultura. Para él, la cultura no es un proceso de elevación del espíritu humano, sino una herramienta de propaganda política. Es como confundir la educación con el adoctrinamiento, o el arte con la publicidad.

Ha convertido la política en teatro de revista, donde él es el único actor y todos los demás son comparsas o villanos. Su gobierno no es una administración, es un espectáculo donde cada día debe haber un nuevo episodio, un nuevo conflicto, una nueva polémica.

Pero lo que más me preocupa es que ha logrado convencer a millones de mexicanos de que su mediocridad intelectual es una virtud democrática. Que no saber de economía lo hace más honesto, que no entender de diplomacia lo hace más patriótico, que no leer literatura lo hace más popular.

Es el triunfo de la anti cultura, vendida como cultura popular. Como si la ignorancia fuera más democrática que el conocimiento, o como si ser culto fuera una traición a las clases populares.

Al final, me quedó claro que no vino a aprender nada, sino a que le confirmara lo que ya creía. Que es exactamente lo opuesto de lo que debe hacer un verdadero intelectual.

Si esto es el futuro de la política democrática, entonces hemos regresado a la era de los tiranos ilustrados, solo que ahora los tiranos se jactan de no ser ilustrados."

Un estudiante de literatura alemana que pasaba por la biblioteca murmuró: "Don Johann tenía razón: 'Lo que no se entiende, no se posee.'" Y añadió en voz baja: "Pero ahora confunden no entender con entender diferente, y no poseer con ser desposeído."

Capítulo 17

El Libertador y el presidente que soñó con su sombra

(Bolívar frente al "paladín del pueblo")

AMLO se encontró en un campo de batalla que parecía sacado de una película épica de bajo presupuesto, con banderas descoloridas ondeando al viento y cañones de utilería que se veían más decorativos que funcionales. Un hombre imponente, vestido con uniforme militar que había conocido mejores décadas, lo observaba con la expresión de quien ha visto demasiadas revoluciones para impresionarse con otra más.

—Andrés Manuel López Obrador —dijo el hombre con voz que había dado órdenes en batallas de verdad—, el presidente que se compara conmigo sin haber disparado jamás un tiro.

—General Bolívar —respondió AMLO con esa familiaridad que usaba para dirigirse tanto a mandatarios extranjeros como a los vendedores del tianguis—. Es un honor. Usted es mi inspiración, mi ejemplo a seguir.

—¿Tu ejemplo? —preguntó Bolívar con una carcajada que resonó como cañonazo—. ¿En qué exactamente? ¿En liberar países o en dar conferencias de prensa?

—Pues en luchar por el pueblo, por la justicia, por la soberanía —respondió AMLO, inflando el pecho como gallo en corral ajeno.

—Ajá —murmuró Bolívar con el escepticismo de quien ha visto pasar caudillos como quien ve pasar las estaciones—. Y dime, ¿cuántas batallas has ganado? ¿Cuántas cadenas has roto? ¿Cuántas coronas has derribado?

—Bueno, yo derroté electoralmente a la mafia del poder, acabé con la corrupción, transformé México...

—¿Transformaste México? —interrumpió Bolívar con una sonrisa que hubiera hecho palidecer al más experimentado general realista—. ¿O transformaste México en el escenario de tu propio espectáculo personal?

AMLO se removió incómodo, como cuando le preguntaban por qué seguía habiendo pobres después de cuatro años de su gobierno.

—Es que mire, General —comenzó, adoptando ese tono de maestro rural que usaba cuando iba a explicar algo muy obvio—, yo represento una transformación pacífica, democrática...

—Pacífica, sí —lo interrumpió Bolívar—. Tan pacífica que el país está más polarizado que nunca. Tan democrática que no toleras una sola crítica sin declararla parte de una conspiración internacional.

—¡Pero si yo respeto la democracia! —protestó AMLO con la indignación de quien se siente incomprendido por la historia—. ¡Si llegué al poder por la vía electoral!

—Llegar al poder por elección no te convierte en demócrata —replicó Bolívar con la paciencia de quien ha tenido que explicar conceptos básicos a generales ineptos—. Chávez también ganó elecciones. Hitler también ganó elecciones. La democracia no es un evento, es un proceso.

—¿Me está comparando con Hitler? —saltó AMLO con el dramatismo de actor de telenovela.

—No, no —se apresuró a aclarar Bolívar—. Te estoy comparando conmigo, y la comparación no te favorece.

—¿Cómo?

—Yo luché por crear algo que no existía: naciones libres e independientes —explicó Bolívar con la paciencia de profesor de historia—. Tú luchas por destruir lo que ya existía sin tener muy claro qué vas a poner en su lugar.

—Yo lucho contra la corrupción, contra la desigualdad...

—¿Y qué has puesto en su lugar? —interrumpió Bolívar—. ¿Otra corrupción con diferente color? ¿Otra desigualdad con diferentes beneficiarios?

AMLO se quedó callado por primera vez desde que había aprendido a hablar en público.

—Mira, Andrés —continuó Bolívar, adoptando un tono más paternal—, yo cometí muchos errores. Fui dictador cuando debía haber sido demócrata, fui militar cuando debía haber sido político, fui impaciente cuando debía haber sido prudente.

—¿Y entonces?

—Entonces al menos mis errores sirvieron para crear algo: países, instituciones, constituciones. Tus errores solo sirven para mantenerte en el poder.

—¡Pero si yo no busco mantenerme en el poder! —protestó AMLO—. ¡Si ya anuncié que no me voy a reelegir!

—No te vas a reelegir porque la Constitución no te lo permite —replicó Bolívar con sorna—. Pero déjame preguntarte: ¿quién va a ser tu sucesora? ¿Alguien que piense diferente a ti, o alguien que piense exactamente igual que tú?

AMLO se removió incómodo, como cuando le preguntaban por qué todos sus colaboradores eran tan parecidos a él.

—Es que necesito asegurar la continuidad de la transformación...

—La continuidad de tu transformación —lo corrigió Bolívar—. Que no es lo mismo que la continuidad de México.

El campo de batalla comenzó a difuminarse, como cuando se acaba el presupuesto de producción de una película histórica. Los cañones desaparecían uno por uno, como las promesas de campaña.

—Recuerda, Andrés —dijo Bolívar, montando en un caballo que se materializó de la nada—: yo soñé con una América libre y unida. Tú sueñas con un México dividido pero que te aplauda. La diferencia es que mis sueños eran más grandes que yo. Los tuyos son más pequeños que tu ego.

AMLO despertó en su cama de Palacio Nacional, sudando como si hubiera corrido la campaña libertadora completa. Se levantó, fue al baño, se miró en el espejo, y por un momento se preguntó si no habría sido mejor estudiar historia en lugar de inventarla.

Pero la duda le duró apenas unos segundos, lo que tardó en recordar que tenía que preparar la mañanera para explicar por qué los libertadores sudamericanos eran parte de la mafia del poder continental.

Bolívar, de vuelta en su campamento celestial, tomó su pluma de ganso y escribió en su diario de campaña: *"Hoy conversé con López Obrador, el presidente mexicano que dice seguir mi ejemplo. Me recordó a esos generales de opereta que se ponían uniformes llenos de medallas sin haber ganado una sola batalla, que gritaban consignas patrióticas sin entender qué significa la patria."*

El hombre sufre de una enfermedad muy común entre los políticos modernos: confunde la popularidad con el liderazgo, el ruido con la acción,

y la polarización con la transformación. Es como un actor que se ha creído su propio personaje y ha olvidado que está actuando.

Lo más preocupante es que ha logrado convencer a millones de mexicanos de que sus caprichos personales son políticas de Estado, que sus resentimientos son justicia social, y que su mediocridad es humildad democrática.

Ha convertido la presidencia en un espectáculo matutino donde él es el único invitado permanente. Su gobierno no es una administración, es un monólogo de seis años donde todos los demás son interrupciones molestas.

Pero lo que más me molesta es que usa mi nombre para justificar su pequeñez. Yo luché por crear naciones; él lucha por mantenerse en los titulares. Yo soñé con unir un continente; él se conforma con dividir un país. Yo arriesgué mi vida por la libertad; él arriesga la libertad por su popularidad.

Es la diferencia entre ser un estadista y ser un payaso. El estadista piensa en las generaciones futuras; el payaso piensa en el rating de mañana.

Al final, me quedó claro que no vino a aprender de mis aciertos, sino a que le justificara sus errores. Que es exactamente lo opuesto de lo que debe hacer un verdadero líder.

Si esto es la evolución de la democracia latinoamericana, entonces hemos retrocedido dos siglos. De la independencia política hemos pasado a la dependencia mediática, de la construcción de repúblicas hemos pasado a la construcción de reality shows.

México merece mejor suerte que ser el escenario del capricho de un hombre que confunde gobernar con protagonizar."

Un estudiante de historia latinoamericana que pasaba por el campamento murmuró: "El Libertador tenía razón: 'Para nosotros la Patria es América.'" Y añadió en voz baja: "Pero ahora confunden patria con partido, América con ideología, y liberación con show matutino."

Capítulo 18

El guerrillero y el presidente del pueblo

(El Che cuestiona la "revolución pacífica")

En los laberintos del sueño presidencial, donde la realidad se vuelve más extraña que la fantasía, AMLO se encontró en una selva que parecía sacada de un manual de guerrilla urbana mal traducido. Las hojas goteaban no rocío, sino promesas de campaña incumplidas, y entre la maleza apareció un hombre que llevaba la boina como otros llevan la corbata: con la solemnidad de quien sabe que está haciendo historia, aunque sea póstuma.

—Así que tú eres el famoso transformador —dijo el Che, con esa sonrisa que tienen los muertos cuando observan a los vivos hacer el ridículo—. He estado siguiendo tu carrera desde el más allá, y déjame decirte que es más divertida que las telenovelas de las ocho.

AMLO, que en sus sueños conservaba esa tendencia a justificarse como si estuviera en conferencia matutina, respondió con el pecho inflado:

—Represento la esperanza del pueblo mexicano. Soy el presidente de los pobres, el defensor de los marginados.

El Che se rio con esa carcajada que suena a balas de salva:

—¿El presidente de los pobres? Qué curioso. En mis tiempos, los revolucionarios no teníamos palacio. Vivíamos en las montañas, comíamos frijoles fríos y nos bañábamos cuando llovía. Tú vives en una casa que parece centro comercial de lujo, viajas en avión presidencial —bueno, no, ese lo vendiste en un teatro que hubiera envidiado el mismo Cantinflas— y tienes más escoltas que generales tenía Porfirio Díaz.

—Pero es que las circunstancias son diferentes —empezó AMLO con esa voz de maestro rural que tanto le gustaba usar—. Ahora la revolución se hace con votos, no con balas. La democracia es el camino.

—¡Ah, la democracia! —El Che se golpeó la frente como si acabara de recordar algo importante—. Esa palabra mágica que usan los políticos cuando quieren quedarse quietos pero que suene revolucionario. Dime, compañero presidente, ¿cuántos ricos has matado? No me refiero a matarlos de verdad, que eso está mal visto en estos tiempos. Me refiero a matar su poder, su capacidad de explotar, su dominio sobre los medios de producción.

AMLO comenzó a sudar, y no precisamente por el calor tropical de la selva onírica:

—Hemos implementado programas sociales sin precedentes. Tenemos las becas para estudiantes, pensiones para adultos mayores, empleos para jóvenes...

—¡Caridad! —gritó el Che, y los pájaros de la selva (que en realidad eran reporteros disfrazados) volaron espantados—. Eso que describes es caridad institucionalizada, no revolución. Es como darle aspirinas a un enfermo de cáncer. Lo haces sentir mejor un rato, pero la enfermedad sigue ahí, creciendo.

El guerrillero empezó a caminar en círculos alrededor de AMLO, como un profesor de marxismo-leninismo regañando a un estudiante que confundió la dialéctica con un debate de cantina:

—¿Sabes cuál es tu problema, Andrés Manuel? Que eres un pequeñoburgués con complejo de Robin Hood. Quieres quitarles un poquito a los ricos para darles un poquito a los pobres, pero sin tocar las estructuras fundamentales. Es como reorganizar los muebles del Titanic mientras se hunde.

—Pero el pueblo me apoya —se defendió AMLO—. Tengo mayoría en las encuestas.

—¡El pueblo! —El Che se carcajeó de nuevo—. El pueblo que ves en tus mañaneras aplaudiéndote son los mismos que aplaudían a Porfirio Díaz en sus ceremonias. El pueblo verdadero, ese que nunca llega a tus eventos porque está trabajando catorce horas diarias para sobrevivir, ese no tiene tiempo de ir a aplaudirte. Ese pueblo sigue igual de jodido que cuando llegaste.

AMLO sintió como si le hubieran quitado el aire acondicionado en pleno agosto veracruzano:

—Entonces, ¿qué debería hacer? ¿Tomar las armas? ¿Hacer una revolución violenta?

—No necesariamente —el Che se sentó en un tronco que parecía hecho de boletas electorales—. Pero sí deberías hacer algo más que administrar la pobreza con eficiencia. Deberías preguntarte: ¿por qué después de tres años de tu gobierno, Carlos Slim sigue siendo el hombre más rico de México? ¿Por qué los bancos siguen cobrando comisiones que harían sonrojar a un usurero del siglo XVIII? ¿Por qué tus "empresarios preferidos" siguen siendo los mismos de siempre, nada más que ahora te aplauden en público?

El presidente soñado empezó a sentir esa sensación familiar de cuando le preguntaban por los videos de su hermano recibiendo dinero:

—Es que no es tan fácil...

—¡Exacto! —El Che se levantó de un salto—. No es nada fácil. Por eso la revolución requiere huevos, perdón, valor. Requiere estar dispuesto a que te odien los poderosos, a que te ataquen los medios, a que te saboteen los empresarios. Pero tú prefieres el aplauso fácil, la popularidad barata, el consenso tibio.

El guerrillero se acercó hasta quedar cara a cara con AMLO:

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo? Yo morí por mis ideas. Tú vives de las tuyas. Yo perdí todo por la revolución. Tú ganaste todo con la revolución. Yo fui consecuente hasta el final. Tú eres consecuente hasta donde no te cueste nada.

—Pero yo también he sufrido —murmuró AMLO—. He sido perseguido, calumniado...

—¡Por favor! —El Che hizo un gesto de fastidio—. Te "persiguieron" con encuestas y declaraciones. Te "calumniaron" en periódicos que nadie lee. Tu mayor sufrimiento fue que te dijeran que no ibas a ganar. Compáralo con una bala en el pecho en una selva boliviana, a ver qué opinas.

La selva empezó a desvanecerse, como se desvanecen las promesas de campaña al contacto con el presupuesto:

—Entonces, según tú, no soy un revolucionario —dijo AMLO con voz triste.

—Eres un buen administrador con retórica de izquierda —sentenció el Che—. Eres el presidente que el sistema necesitaba para renovarse sin cambiar. Eres la aspirina que tomó México para que no le doliera tanto la desigualdad, pero sin curar la enfermedad.

El sonido de tambores guerrilleros empezó a sonar, aunque sonaban más bien como las campanas de Palacio Nacional un domingo por la mañana:

—La historia recordará que hubo un presidente que habló mucho de transformación y transformó poco. Que habló mucho de pueblo y sirvió más al sistema. Que prometió revolución y entregó administración mejorada.

El Che empezó a desaparecer entre una niebla que olía a promesas de campaña:

—Pero no te preocupes, Andrés Manuel. No eres el primer político que confunde la gestión con la revolución. Solo eres el más famoso de esta generación.

El Che, ya solo junto al fuego eterno de la Sierra Maestra, escribe en su diario de campaña celestial: *"Hoy tuve una charla con López Obrador, el presidente mexicano que se cree revolucionario. Es un caso clínico fascinante: un hombre que ha logrado convencerse a sí mismo de que administrar es transformar, de que gestionar es revolucionar, de que reformar es cambiar."*

Me recordó a esos socialdemócratas europeos de los años sesenta, que usaban la fraseología marxista para hacer capitalismo con rostro humano. La diferencia es que aquellos al menos eran honestos con sus limitaciones. Este hombre parece creer genuinamente que está haciendo una revolución.

Lo más curioso es su relación con el concepto de 'pueblo'. Para él, el pueblo es una abstracción que aplaude en sus mañaneras, no una clase social con intereses específicos y contradictorios. Es como si hubiera leído la primera página de un manual de revolución y hubiera decidido que con eso bastaba.

Sus 'programas sociales' son una obra maestra del reformismo: lo suficientemente generosos para generar agradecimiento, lo suficientemente limitados para no tocar las estructuras fundamentales. Es caridad institucionalizada vendida como justicia social. Es asistencialismo con retórica revolucionaria.

Pero lo que más me llamó la atención fue su capacidad para racionalizar sus contradicciones. Cuando le pregunté por qué no había tocado el poder real de los ricos, me habló de 'circunstancias', 'complejidad', 'gradualidad'. Cuando le pregunté por qué seguía siendo popular entre los que no ha ayudado realmente, me habló de 'esperanza' y 'transformación'.

Es un maestro del autoengaño político, un virtuoso de la justificación ideológica. Ha construido un sistema perfecto donde cada fracaso es una

'estrategia a largo plazo', cada concesión al capital es 'realismo político', cada promesa incumplida es 'proceso gradual'.

Y lo más grave: parece que ni siquiera es consciente de su propia función en el sistema. Cree sinceramente que está del lado del pueblo, cuando en realidad está haciendo el trabajo que el sistema necesitaba que alguien hiciera: renovar la legitimidad del capitalismo mexicano, darle una cara humana a la explotación, modernizar los mecanismos de control social.

Es el presidente perfecto para el momento histórico que vive México: lo suficientemente a la izquierda para satisfacer el hartazgo popular, lo suficientemente a la derecha para no asustar al capital. Un populista que hace el trabajo de la derecha mientras se cree de izquierda.

Mi revolución sigue esperando revolucionarios de verdad, no administradores con retórica radical. Porque al final del día, cuando las palabras se acaben y solo queden los hechos, la historia preguntará: ¿qué cambiaste realmente? Y me temo que la respuesta será: casi nada, pero con mucho discurso."

Capítulo 19

Entre el ello, el yo y el superyó presidencial

(Freud y el psicoanálisis del poder)

En los sótanos del inconsciente presidencial, donde se almacenan los traumas políticos y las neurosis sexenales, AMLO se encontró en un consultorio que parecía diseñado por un escenógrafo con tendencias psicoanalíticas y presupuesto limitado. Las paredes estaban forradas de libros que nadie había leído pero que se veían muy intelectuales, había un diván que parecía sacado de un hotel de paso vienes, y presidiendo todo, un busto de Leonardo da Vinci que miraba con la expresión de quien ha visto demasiadas cosas.

Detrás de un escritorio cargado de papeles que podrían ser historiales clínicos o borradores de sesiones matutinas, apareció un hombre pequeño, con barba recortada con la precisión de quien cobra por horas y una mirada que sugería que había visto el alma humana desnuda y no le había gustado mucho lo que había encontrado.

—Bienvenido, Herr López Obrador —dijo Freud con ese acento que hace que hasta las palabras más simples suenen como diagnósticos terminales—. Siéntese, o mejor dicho, recuéstese. Aquí, en mi consulta, todo sale a la luz, incluso lo que prefiere mantenerse en la oscuridad de las mañaneras.

AMLO se acomodó en el diván con la misma incomodidad con la que había enfrentado las preguntas sobre la casa gris de su hijo:

—Doctor, busco entender mis sueños, mis decisiones, mis... bueno, digamos que a veces no entiendo por qué hago lo que hago.

Freud ajustó sus anteojos y tomó una libreta que parecía contener los secretos de la mente humana, o al menos los secretos de cómo cobrar por escucharlos:

—Empecemos por el principio. Hábleme de su 'ello', esa parte primitiva de su psique donde residen los impulsos más básicos. ¿Siente usted, Herr Presidente, el deseo irrefrenable de poder? ¿Esa necesidad animal de dominar, de controlar, de ser el macho alfa de la manada política?

AMLO se revolvió incómodo, como cuando le preguntaban por el aeropuerto de Santa Lucía:

—Bueno, claro que siento ambición. Todos los políticos la sentimos. Pero mi ambición es noble, es por el bien del pueblo.

—¡Ach, nein! — exclamó Freud golpeando la mesa—. Su 'ello' no conoce de nobleza ni de pueblo. Su 'ello' solo quiere poder, control, dominación. Quiere que todos lo obedezcan, que todos lo aplaudan, que nadie cuestione su autoridad. Su 'ello' es el que disfruta cuando los periodistas se callan, cuando los opositores se amilanan, cuando todo el país se vuelve su mañanera gigante.

El presidente soñado empezó a sudar, aunque en el consultorio freudiano hacía el frío glacial de las interpretaciones incómodas:

—Pero yo tengo principios, doctor. Tengo moral. No soy como los otros políticos.

—¡Ah, su 'superyó'! —Freud sonrió con esa sonrisa que tienen los médicos cuando van a dar una mala noticia—. Esa parte de su psique que le dicta lo que está bien y lo que está mal, su conciencia moral, su juez interno. Pero dígame, ¿no le parece curioso que su 'superyó' siempre coincida tan convenientemente con sus intereses políticos?

AMLO empezó a tener esa sensación familiar de cuando le preguntaban por los contratos de sus hijos:

—¿A qué se refiere?

—Su 'superyó' le dice que está bien atacar a los periodistas porque son 'mercenarios', que está bien dividir al país entre buenos y malos porque usted representa el bien, que está bien concentrar el poder porque usted lo va a usar para el pueblo. Su conciencia moral es notablemente flexible, ¿no le parece?

Freud se levantó y empezó a caminar por el consultorio como un profesor de psicología explicando un caso particularmente interesante:

—Y en el medio de esta batalla entre el 'ello' que quiere poder absoluto y el 'superyó' que le dice que todo lo que hace está moralmente justificado, está su 'yo', su ego, esa parte que debe mediar entre los impulsos y la realidad. Pero me pregunto, Herr Presidente, ¿dónde está su 'yo' real?

—¿Cómo que dónde está? —AMLO empezó a sentir esa irritación que le daba cuando Ciro Gómez Leyva hacía preguntas incómodas—. Yo soy yo. Soy el mismo de siempre.

—¿En serio? —Freud arqueó una ceja con la precisión de quien ha perfeccionado el arte del sarcasmo académico—. Porque desde aquí parece que usted ha construido un personaje público tan elaborado que ya no sabe dónde termina Andrés Manuel López Obrador y dónde empieza el Presidente de la República. Su 'yo' real se ha diluido en su personaje político.

El psicoanalista regresó a su silla y se acomodó para dar el golpe de gracia:

—Permítame explicarle lo que veo: su 'ello' quiere ser adorado como un salvador, su 'superyó' le dice que merece ser adorado porque es moralmente superior, y su 'yo' se ha dedicado a construir una narrativa donde ambos tienen razón. El resultado es un hombre que ya no puede distinguir entre sus deseos personales y el bien común.

AMLO sintió como si le hubieran quitado el teleprompter en plena conferencia:

—Pero yo hago las cosas por convicción...

—¡Sus convicciones! —Freud soltó una carcajada que sonó como el eco de mil neurosis—. Sus convicciones son notablemente convenientes. Cuando le conviene, es un demócrata que respeta las instituciones. Cuando no le conviene, las instituciones están al servicio de los corruptos. Cuando le conviene, respeta la libertad de prensa. Cuando no, los periodistas son sicarios mediáticos.

El doctor se levantó y se acercó al diván:

—Su problema, Herr López Obrador, es que ha desarrollado lo que llamaríamos una neurosis presidencial. Ha creado un sistema de defensas psicológicas tan elaborado que ya no puede ver la realidad. Sus 'mañaneras' son su manera de mantener la ilusión de control, de crear una realidad alternativa donde usted siempre tiene razón.

—¿Entonces qué debo hacer? —preguntó AMLO con la voz de quien acaba de descubrir que su vida ha sido una mentira.

Freud regresó a su escritorio y fingió tomar notas:

—Primero, hay que reconocer que el poder lo ha cambiado. Segundo, aceptar que sus motivaciones no son tan puras como le gusta creer. Tercero, entender que gobernar requiere algo más que tener razón siempre. Y cuarto, quizás lo más importante, aprender a distinguir entre sus necesidades psicológicas y las necesidades del país.

El consultorio empezó a desvanecerse, como se desvanecen las buenas intenciones al contacto con el presupuesto:

—Pero sobre todo —añadió Freud mientras se difuminaba—, necesita terapia intensiva. O al menos, dejar de creer que sus neurosis son virtudes políticas.

El sueño terminó con el sonido de una grabadora reproduciéndose en forma repetitiva, como las mañaneras que se repiten eternamente en el inconsciente colectivo nacional.

Sigmund reflexionaba en su sillón favorito: *“López Obrador representa un fenómeno fascinante de la psique colectiva mexicana: un líder que encarna el deseo profundo de justicia y pertenencia de un pueblo fragmentado. Su discurso apela al inconsciente popular, evocando figuras maternas y paternalistas que buscan protección y orden. Sin embargo, observo también la tensión entre el ello, el yo y el superyó en su gestión —la lucha entre impulsos sociales, la realidad política y las normas internas del Estado. Su popularidad sugiere una transferencia emocional poderosa, casi un vínculo analítico a gran escala, pero me preocupa que ese vínculo pueda volverse una regresión, un retorno a formas primitivas de autoridad y dependencia.”*

Capítulo 20

Ética a Nicómaco... de Macuspana

(Aristóteles intenta explicarle la virtud... y se va decepcionado al Liceo)

Aquella noche, después de una mañanera particularmente extensa donde había explicado durante hora y media por qué las críticas al aeropuerto de Santa Lucía eran malinchistas, el exmandatario cenó su habitual sopa de lentejas orgánicas. Entre cucharada y cucharada, reflexionaba sobre algo que lo había inquietado: un periodista —de esos que nunca entendían nada— le había preguntado si sus decisiones "tenían virtud". La pregunta lo había molestado no porque dudara de su respuesta, sino porque no estaba completamente seguro de qué significaba la palabra "virtud" más allá de lo que él mismo había definido en sus discursos.

"La virtud es hacer el bien sin mirar a quién", murmuró, repitiendo uno de sus refranes favoritos. Pero algo en su interior —una vocecita que sonaba sospechosamente como su conciencia antes de entrar en política— le susurraba que tal vez la cosa fuera más complicada.

Decidió que era momento de consultar con alguien que supiera del tema. No con sus asesores, que siempre le daban la razón, ni con los intelectuales orgánicos, que escribían ensayos explicando por qué tenía razón antes de que él dijera algo. Necesitaba una segunda opinión imparcial, preferiblemente de alguien que no dependiera de su benevolencia para pagar la renta.

Así fue como, tras dormirse escuchando su podcast favorito ("Pensamiento Crítico con Carlos Marxito"), soñó que caminaba por un jardín de simetría inquietante. Todo estaba demasiado ordenado: los árboles podados con la

precisión de las estadísticas oficiales, los senderos trazados como rutas de tren, las flores distribuidas según algún plan maestro invisible. Entre columnas dóricas que parecían sacadas de un manual de arquitectura clásica, lo esperaba un hombre con túnica blanca y barba filosófica. Tenía esa mirada particular de quien ha pasado la eternidad escribiendo tratados mientras el mundo se va metódicamente al carajo.

—Bienvenido al Liceo, Andrés de Tepetitán —dijo Aristóteles, con el entusiasmo de un burócrata un viernes por la tarde—. Me han dicho que deseas entender la virtud.

—Así es, maestro helénico —respondió AMLO, empleando ese tono de humildad impostada que reservaba para las audiencias con líderes extranjeros—. Yo practico la virtud popular: hablo todos los días con mi pueblo, escucho sus necesidades, combato a los poderosos, defiendo a los humildes...

—Alto ahí —interrumpió el griego, alzando una ceja con la elegancia de quien ha pasado veintitrés siglos perfeccionando el arte de la corrección pedagógica—. Eso no es virtud. Eso es campaña electoral permanente.

AMLO se atragantó con una palabra que estaba a punto de pronunciar ("transformación") y se vio obligado a toser. Era la primera vez en años que alguien lo interrumpía sin pedirle primero permiso al protocolo.

—Pero maestro, yo practico la justicia social. La ética del pueblo bueno contra la mafia del poder...

—La virtud no es un eslogan publicitario, querido discípulo involuntario —replicó Aristóteles, paseándose entre las columnas como un profesor que ya ha perdido la esperanza en su alumno más necio—. La virtud es un hábito deliberado, una disposición permanente del carácter que se sitúa en el justo medio entre dos extremos viciosos. El valor, por ejemplo, está entre la cobardía y la temeridad. La generosidad entre la tacañería y el despilfarro. Tú, me temo, confundes terquedad con firmeza, populismo con benevolencia, y obstinación con principios. Eso, para mi escuela, no es virtud sino vicio disfrazado de rectitud moral.

—Pero... yo soy austero —protestó el mandatario, con el tono de quien juega su última carta—. Austeridad republicana, ¿le suena? Vuelo en clase turista, no uso escoltas, vivo modestamente...

—Sí, como también suena modestamente la lira de Nerón mientras Roma se consume en llamas —respondió Aristóteles con una sonrisa que no llegaba a los ojos—. ¿Sabías que la virtud de la moderación implica no solo lo que se gasta, sino cómo se gobierna? El exceso de discursos diarios, la saturación informativa, la necesidad compulsiva de opinar sobre todo... eso es una forma de gula mediática, una manifestación de vanagloria tan evidente como los palacios de mármol de tus predecesores.

El tabasqueño quiso replicar con uno de sus refranes favoritos —algo sobre el poder que se ejerce de abajo hacia arriba—, pero Aristóteles lo detuvo

con la calma de quien ya ha escuchado a todos los sofistas posibles y por inventar:

—En la Ética a Nicómaco escribí que el buen gobernante debe poseer, ante todo, la virtud de la prudencia: la capacidad de deliberar correctamente sobre lo que es bueno y conveniente. Tú, Andrés, no deliberas: decretas. No consultas: informas. No dialogas: sermoneas. No buscas la verdad: la proclamas. Y la verdad, querido amigo, no es una posesión personal que se pueda administrar desde un pódium.

—Pero todo lo que hago es por el bien común del pueblo de México.

—¿Cuál bien común? —preguntó el filósofo, deteniéndose frente a él—. ¿El bien común que cabe exactamente en tu propio criterio? ¿O ese bien común que se construye pacientemente con la razón, el diálogo y la pluralidad? Gobernar desde el dogma personal es ignorar la prudencia, que es la madre de todas las virtudes políticas. Y tú, me temo, has despedido a la prudencia con el mismo entusiasmo con que despediste a la prensa crítica: con un aplauso mañanero y una sonrisa de autosatisfacción.

Aristóteles suspiró —un suspiro de veintitrés siglos de antigüedad— se dio la vuelta y caminó hacia un pergamino donde estaban anotadas las virtudes cardinales. Con una pluma invisible tachó algo que AMLO no pudo leer desde donde estaba.

—He decidido eliminar de mi catálogo la "megalomanía modesta" —explicó—. La inventaste tú y ya se está extendiendo por el mundo como una epidemia moral. Es la capacidad de creerse humilde mientras se monopoliza la verdad, de proclamarse servidor del pueblo mientras se exige veneración personal.

Antes de desvanecerse entre las columnas, el sabio de Estagira dejó caer una hoja con una sola frase escrita en letras perfectamente legibles:

"El exceso de poder combinado con la ausencia de autocrítica no es virtud: es desmesura disfrazada de justicia."

AMLO despertó murmurando "hasta los más sabios se equivocan a veces". Inmediatamente tomó su teléfono y dictó una nota para su equipo: era urgente preparar una nueva edición de la Cartilla Moral, ahora con un apéndice especial titulado "La Virtud Según el Pueblo Bueno y Sabio".

Nadie se atrevió a sugerir que Aristóteles probablemente no la habría aprobado.

El Gran Filósofo se quedó pensando: *"López Obrador parece encarnar la búsqueda de la justicia distributiva, intentando equilibrar los bienes y las oportunidades entre los diversos estratos de la sociedad. Sin embargo, la virtud política radica en la medida y la prudencia (phronesis), y me pregunto si sus decisiones siempre se guían por la razón práctica o más por la pasión popular. La democracia verdadera requiere no solo la voluntad del pueblo, sino también la sabiduría para gobernar con equidad"*

y moderación. Su empeño por mejorar la vida de los más necesitados es noble, pero el buen gobernante debe armonizar el bien común sin caer en excesos que puedan desestabilizar la polis."

Capítulo 21

Crítica de la Razón Insomne

(Kant intenta explicarle el imperativo categórico... y se va con dolor de cabeza)

Esa noche, después de leer un editorial particularmente molesto donde lo acusaban de "autoritario con sonrisa de abuelo bondadoso", AMLO se había acostado con una sensación de injusticia que le carcomía el estómago. "Yo no soy autoritario", murmuró mientras se acomodaba en su cama austera. "Yo actúo con principios morales superiores. Mis acciones son éticamente correctas porque... bueno, porque representan la voluntad popular y la justicia histórica".

La frase le sonó convincente, pero algo en su formulación lo inquietó. Tal vez fuera la palabra "porque" repetida dos veces, o tal vez el hecho de que su justificación moral pareciera circular como un eslogan de campaña. En cualquier caso, cayó en un sueño profundo, no sin antes asegurar mentalmente que sus principios eran intachables.

Despertó —en el sueño, naturalmente— en una habitación que parecía diseñada por un arquitecto obsesivo-compulsivo con tendencias depresivas. Todo era gris, geométricamente perfecto, absolutamente simétrico: una mezcla entre biblioteca prusiana y oficina del SAT después de una auditoría exhaustiva. En el centro, de pie junto a una pizarra llena de esquemas incomprensibles que parecían ecuaciones matemáticas escritas en latín, estaba un hombre con peluca blanca empolvada y expresión de perplejidad permanente, como quien se pregunta por qué lo han despertado después de dos siglos y medio de reposo bien merecido.

—¿Quién es usted, y por qué está en mi sueño? —preguntó AMLO con la desconfianza automática que había desarrollado hacia cualquier persona que no formara parte de su círculo de confianza.

—Immanuel Kant, filósofo de Königsberg. Vengo a explicarte qué significa realmente actuar de manera moral.

—Ah, eso lo sé perfectamente —respondió el tabasqueño con la seguridad de quien nunca ha dudado de sus propias convicciones—. Siempre actúo conforme a principios éticos inmutables. Por ejemplo: "Por el bien de todos, primero los pobres". O "Al diablo con las instituciones". O "El pueblo unido jamás será vencido". Principios claros, universales, incuestionables.

Kant parpadeó varias veces, con la expresión de un matemático que acaba de encontrar un error en una demostración que creía perfecta.

—Eso son consignas políticas, no imperativos morales. El imperativo categórico —que es la base de toda acción éticamente válida— se formula

de la siguiente manera: "Obra solo según aquella máxima que puedas querer al mismo tiempo que se convierta en ley universal".

—¿Y no es acaso universal el deseo de que yo gobierne para siempre? —replicó AMLO con lógica aplastante—. El pueblo me eligió por mayoría histórica, me ratificó en la consulta de revocación, me aplaude todas las mañanas...

—Una mayoría no convierte un acto en moral —interrumpió Kant, comenzando a caminar en círculos perfectos alrededor de la habitación—. Ni siquiera una mayoría aplastante. ¿Acaso sería correcto que todos los gobernantes mintieran diariamente si sus pueblos los aplaudieran por hacerlo? ¿Sería moral que cada líder político se autoproclamara moralmente superior si muchos ciudadanos se lo creyeran?

—Pero es que yo no miento. Yo represento genuinamente al pueblo bueno contra la mafia del poder.

—Eso es exactamente lo que todos los autócratas han dicho a lo largo de la historia —respondió Kant, deteniéndose frente a él con la paciencia de un profesor de universidad que sabe que su alumno va a reprobado pero está obligado a intentar salvarlo—. Lo importante no es si representas a muchos, sino si tus actos respetan la dignidad fundamental de cada ser humano, incluidos aquellos que no piensan como tú. Gobernar no es imponer un proyecto mesiánico personal; es actuar de tal modo que nunca uses a otro ser humano como simple medio para tus fines, por muy nobles que esos fines te parezcan.

AMLO se cruzó de brazos con la postura defensiva que adoptaba automáticamente cuando alguien cuestionaba sus métodos.

—Yo no uso a nadie. Todo lo que hago es por el bien del pueblo.

—¿En serio? —preguntó Kant, acercándose con las manos cruzadas a la espalda—. ¿Y los programas sociales diseñados estratégicamente para coincidir con calendarios electorales? ¿Y las consultas públicas con preguntas capciosas y resultados previsibles? ¿Y los adversarios políticos sistemáticamente reducidos a enemigos morales del pueblo? ¿Y los empresarios, intelectuales y periodistas utilizados como chivos expiatorios para desviar la atención de problemas de gestión?

—Eso es táctica política legítima —protestó el mandatario—. Estrategia de comunicación.

—Eso es moral instrumental —replicó Kant con una sonrisa triste—. Y la moral instrumental es la negación misma de la ética. Te lo diré en términos que tal vez puedas entender: tu moralidad es condicional, no categórica. Actúas "éticamente" siempre y cuando eso te mantenga en el poder, te dé popularidad, te permita conservar tu imagen de líder incuestionable. Pero no actúas moralmente porque sea lo correcto en sí mismo, independientemente de las consecuencias para tu figura pública.

Kant se acercó más, adoptando la postura de un director de escuela al borde de la renuncia definitiva:

—Te propongo un experimento mental muy simple. Imagina una sociedad donde todos los líderes actuaran exactamente como tú: descalificando sistemáticamente a quien piensa diferente, monopolizando la interpretación de la verdad y la justicia, construyendo cultos de personalidad basados en la polarización social, utilizando instituciones públicas como herramientas de venganza personal contra adversarios... ¿Te gustaría vivir en esa sociedad si no fueras tú quien la gobierna?

AMLO titubeó. Por primera vez en su carrera política onírica, no supo qué responder. La pregunta había tocado algo incómodo en su interior, como un dolor de muela que se puede ignorar hasta que alguien lo presiona directamente.

Kant volvió a su pizarra y escribió, con tiza que parecía hecha de luz fría:

"La moral no es lo que haces cuando te conviene. Es lo que haces cuando nadie te aplaude, cuando nadie te ve, cuando no obtienes beneficio alguno. Es lo que haces porque es correcto, punto."

Acto seguido, se desvaneció entre una nube de lógica pura y razón práctica, dejando a su paso un rastro de silencio incómodo que se extendía por toda la habitación gris.

AMLO despertó bruscamente, con un sabor amargo en la boca y una sensación de inquietud que no supo identificar. Inmediatamente tomó su teléfono y dictó una instrucción urgente: ese mismo día, en la mañana, se leería un nuevo decálogo moral para funcionarios públicos, con un punto especial que decía: "Actuar siempre conforme a los más altos principios... propios del servicio público y la Cuarta Transformación".

Nadie en la sala de prensa se atrevió a preguntar si eso incluía leer a Kant, o si alguien había notado que la frase era, nuevamente, circular.

Pero el Filósofo meditó: *"López Obrador parece actuar con un sentido del deber hacia su pueblo, buscando promover la justicia y el bienestar común, lo cual es encomiable. Sin embargo, la moralidad de un acto no se mide solo por sus resultados, sino por si se realiza conforme a un principio universalizable y respetuoso de la dignidad humana. Me cuestiono si sus políticas respetan siempre el imperativo categórico, tratando a cada individuo como un fin en sí mismo y no como un medio para un fin político. La verdadera legitimidad del gobernante radica en actuar con autonomía moral y respeto a las leyes racionales, más allá de las inclinaciones o los intereses partidarios."*

Capítulo 22

La cruz y la corona de la transformación

(Jesucristo y el hombre que quería ser mesías)

En la penumbra de una noche que parecía diseñada específicamente para las revelaciones místicas —de esas que tanto le gustaban desde que descubrió que podía hablar de espiritualidad sin comprometerse con ninguna iglesia en particular—, Andrés Manuel López Obrador se encontró caminando por un desierto que, para su sorpresa, no era Sonora ni ningún lugar donde hubiera inaugurado alguna obra pública. Este desierto tenía algo de eterno, de bíblico, y olía a esa mezcla peculiar de polvo y promesas incumplidas que él conocía tan bien de sus campañas políticas.

Sus huaraches —porque aún en sueños mantenía su imagen de pueblo bueno— se hundían en la arena tibia mientras reflexionaba sobre lo extraño que resultaba caminar sin que hubiera un solo reportero siguiéndolo, sin que tuviera que responder preguntas incómodas sobre el aeropuerto, los hospitales sin medicinas o por qué diablos había puesto al ejército a construir trenes cuando apenas sabían marchar en línea recta.

De pronto, entre las dunas que parecían cambiar de forma como sus explicaciones sobre la economía, emergió una figura que lo hizo detenerse en seco. Vestía una túnica blanca, sencilla, del tipo que él siempre había admirado porque no costaba ni un peso del erario público. El personaje caminaba con esa calma que solo tienen quienes nunca han tenido que dar una conferencia mañanera o explicar por qué los programas sociales llegaban justo antes de las elecciones.

Su rostro irradiaba una luz que AMLO reconoció inmediatamente —era la misma que él había visto en el espejo durante sus primeros días de gobierno, cuando aún creía que gobernar consistía en tener buenas intenciones y convocar a la unidad nacional cada que metía la pata—. Pero había algo más en esos ojos profundos: una compasión auténtica, no de esa que se improvisa frente a las cámaras cuando hay víctimas que consolar.

—Andrés —dijo la figura con una voz que tenía esa pausada dulzura que él había intentado imitar en sus discursos más solemnes, pero que nunca le salía del todo natural—, he escuchado tus palabras en plazas repletas de incondicionales, en mañaneras que parecen telenovelas sin final, y también esos silencios que no quieres admitir ni en el confesionario de tu conciencia.

El expresidente se quedó mudo por primera vez en décadas. Ni siquiera cuando Calderón lo había llamado "peligro para México" había perdido la capacidad de réplica instantánea. Pero ahí estaba, frente a quien obviamente era Jesucristo —y no una imitación barata como esos actores que contrataba para los eventos patrióticos—, sintiendo que todas sus palabras preparadas se le escapaban como el presupuesto de salud pública.

—Señor —logró articular finalmente, con esa humildad que solo mostraba cuando se le acababan las excusas—, he tratado de ser justo, de levantar

al pueblo, de ser ese instrumento de cambio que la historia demandaba a gritos y que yo, en mi infinita generosidad, decidí ser.

Jesús asintió levemente, pero sus ojos no perdían ese brillo que parecía radiografiar el alma. AMLO se sintió incómodo; era la primera vez en años que alguien lo miraba sin admiración ciega ni odio visceral, sino con esa objetividad divina que no se compraba con programas sociales ni se espantaba con acusaciones de conservadurismo.

—Has buscado la corona de la transformación, la gloria de ser el renovador de la patria —dijo Jesús, y AMLO notó que hablaba sin esa prisa que él siempre tenía por llegar al punto antes de que alguien le hiciera una pregunta incómoda—. Pero dime, ¿has llevado la cruz que esa corona exige? ¿Has conocido el verdadero sacrificio, ese que no se proclama en Twitter ni se presume en las mañaneras? ¿Has servido sin esperar los aplausos de tus seguidores, sin necesidad de que te vean haciendo el bien?

AMLO bajó la cabeza, sintiendo que el peso de seis años de gobierno le caía encima como el techo del metro que nunca terminó de arreglar. La sombra de todas sus dudas —esas que había sepultado bajo capas y capas de autojustificaciones— se dibujaba en su rostro con la claridad de un mapa de pobreza.

—Creo que sí —respondió, aunque su voz sonaba menos convincente que cuando prometía que no habría gasolinazos—. Aunque debo confesar que a veces el peso era insoportable, y la multitud exigía más fuerza, más claridad, más certezas. Y yo, pues... yo les daba lo que pedían, aunque no siempre fuera lo que necesitaban.

Jesús dio un paso hacia él, y el aire del desierto se volvió más ligero, como si hasta la atmósfera suspirara aliviada al escuchar algo parecido a la honestidad saliendo de los labios del exmandatario.

—El verdadero líder, Andrés —y la forma en que pronunció su nombre hizo que AMLO recordara cuando su madre lo regañaba por llegar tarde a casa—, no es quien busca seguidores ni multitudes que lo ovacionen como si fuera estrella de rock. Es quien se pierde por ellos sin que nadie se entere. No quien alza la voz para ser escuchado por encima del ruido de sus adversarios, sino quien sabe escuchar en el silencio del pueblo que sufre. No quien se erige con discursos grandilocuentes que suenan bonito pero no alimentan a nadie, sino quien se humilla para entender el dolor ajeno sin convertirlo en capital político.

El expresidente lo miró a los ojos, intentando captar toda esa profundidad que él había visto solo en los espejos durante sus primeros días de triunfo electoral, cuando aún creía que la buena voluntad era suficiente para gobernar un país que llevaba décadas acumulando problemas como gobiernos anteriores habían acumulado escándalos de corrupción.

—Pero, Señor —se atrevió a objetar, porque la costumbre de tener siempre la última palabra pesaba más que la evidencia de estar equivocado—, el

pueblo me exigía firmeza, que no temblara ante las adversidades como los presidentes anteriores, que mostrara visión y coraje. ¿Acaso no es eso también parte del liderazgo? ¿No esperaban que fuera diferente a todos los que vinieron antes?

Jesús sonrió con una ternura tan profunda que AMLO sintió ganas de llorar, algo que no le pasaba desde que había perdido su primera elección presidencial y se había jurado a sí mismo que nunca más se permitiría esa debilidad.

—El pueblo necesita fuerza, sí —respondió el Nazareno con la paciencia de quien ha visto pasar imperios y revoluciones—, pero también necesita humildad. Necesita la verdad aunque duela más que los ajustes económicos, y amor aunque se esconda tras el reproche necesario. El poder sin amor es tiranía disfrazada de paternalismo, y la transformación sin perdón, sin misericordia hacia quienes piensan diferente, no es más que un cambio superficial, un simple cambio de vestiduras sin renovación del alma que gobierna.

Se acercó aún más y con una delicadeza que contrastaba con la brusquedad de las decisiones presidenciales, tocó la frente de AMLO como dejando una marca invisible, un recordatorio que ninguna conferencia mañana podría borrar.

—Recuerda, Andrés: el mayor mandato no está en la Constitución que juraste defender. Es amar. Amar sin condición, sin esperar recompensa electoral ni reconocimiento histórico. Amar al adversario que te critica con razón, al pueblo que a veces te condena por sus propias decepciones, y sobre todo, amarte a ti mismo con tus limitaciones humanas, sin pretender ser el mesías que México nunca pidió pero que tú decidiste ser.

El desierto se iluminó por un instante con una luz suave y cálida que no venía de ningún poste de luz pública inaugurado a medias, y Jesús susurró con una voz que parecía el eco de todos los tiempos y todas las esperanzas traicionadas:

"Bienaventurados los humildes, porque ellos heredarán la tierra... pero no la van a rifar ni la van a usar para hacer aeropuertos."

AMLO sintió un nudo en la garganta del tamaño de todos los hospitales que prometió y nunca construyó, una mezcla de paz y desasosiego que no había experimentado desde que se había dado cuenta de que gobernar era infinitamente más complicado que criticar gobiernos.

—¿Y si no soy digno de ese amor? —preguntó, casi en un suspiro que contenía seis años de dudas reprimidas—. ¿Y si todo este tiempo he estado equivocado, fingiendo ser algo que no soy?

—Nadie es digno, Andrés —respondió Jesús con una sonrisa que contenía toda la misericordia del universo—. Pero el amor no es un premio para los perfectos que nunca se equivocan; es un camino para los imperfectos que se atreven a recorrerlo con fe auténtica y entrega sin cámaras. Y si

aprendes a caminar por él, tal vez descubras que la verdadera transformación no se mide en obras inauguradas ni en programas sociales, sino en corazones cambiados.

El sueño comenzó a desvanecerse como la popularidad en las encuestas, como arena que se escapa entre los dedos, pero la voz de Jesús quedó resonando en el alma del exmandatario como un eco que ninguna mañana podría silenciar. En ella se sintetizaba todo el mensaje del Galileo hacia uno de sus más fervientes creyentes...según Él mismo:

“Andrés, hijo mío, te veo caminar por este desierto cargando el peso de una nación sobre tus hombros, pero también cargando algo más pesado aún: la necesidad de ser amado, de ser reconocido, de ser recordado como el gran transformador.

Y te comprendo, porque yo también fui tentado en el desierto con la promesa de todos los reinos del mundo, con la posibilidad de ser adorado, de tener multitudes que me siguieran no por amor sino por conveniencia.

Has buscado la corona de la transformación, la gloria de ser el renovador de la patria, y en esa búsqueda has encontrado lo que todos los hombres de poder encuentran: que es más fácil prometer que cumplir, más simple culpar que asumir, más cómodo ser amado por unos pocos incondicionales que respetado por todos los que piensen diferente. Pero dime, ¿has llevado la cruz que esa corona exige? ¿Has conocido el verdadero sacrificio, ese que no se proclama en discursos ni se presume ante las cámaras?

El verdadero líder no es quien busca seguidores que lo ovacionen como si fuera una estrella, sino quien se pierde por ellos sin que nadie se entere. No es quien alza la voz para ser escuchado por encima del ruido de sus adversarios, sino quien sabe escuchar en el silencio del pueblo que sufre.

No es quien se erige con palabras grandilocuentes que suenan hermosas pero no alimentan a nadie, sino quien se humilla para entender el dolor ajeno sin convertirlo en una oportunidad política.

Has dicho que el pueblo te exigía firmeza, que no temblaras ante las adversidades, que mostraras visión y coraje. Y tienes razón, el pueblo necesita fuerza, pero también necesita humildad. Necesita la verdad aunque duela más que cualquier crisis económica, y necesita amor aunque se esconda tras el reproche necesario. El poder sin amor es tiranía disfrazada de paternalismo, y la transformación sin perdón, sin misericordia hacia quienes piensan diferente, no es más que un cambio de vestiduras sin renovación del alma.

Recuerda que el mayor mandato no está en ninguna constitución que hayas jurado defender. Es amar. Amar sin condición, sin esperar recompensa electoral ni reconocimiento histórico. Amar al adversario que te critica con razón, al pueblo que a veces te condena por sus propias decepciones, y sobre todo, amarte a ti mismo con tus limitaciones

humanas, sin pretender ser el mesías que nadie pidió pero que decidiste ser.

Bienaventurados los humildes, porque ellos heredarán la tierra, pero no para repartirla como si fuera suya, sino para cuidarla como un jardín que se cultiva para las generaciones que vienen.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados, pero no con promesas vacías sino con acciones que alivien el sufrimiento real. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia, y esa misericordia incluye a quienes no votaron por ti, a quienes te criticaron, a quienes dudaron de tus intenciones.

Nadie es digno del poder absoluto, Andrés, pero el amor no es un premio para los perfectos; es un camino para los imperfectos que se atreven a recorrerlo con humildad auténtica. Si aprendes a caminar por él, tal vez descubras que la verdadera transformación no se mide en obras inauguradas ni en programas sociales, sino en corazones cambiados, empezando por el tuyo propio.

La grandeza no está en ser recordado por las multitudes, sino en ser una bendición silenciosa para los que sufren. No está en tener la razón siempre, sino en reconocer cuando te equivocas y pedir perdón sin justificaciones.

No está en transformar un país, sino en permitir que el país te transforme a ti, que te enseñe la paciencia, la compasión, la sabiduría que solo se aprende sirviendo de verdad, sin cámaras, sin aplausos, sin la necesidad de que alguien más sepa que estás haciendo el bien.

Porque al final, hijo mío, cuando se apaguen las luces de los reflectores y se silencien las voces de los aduladores, cuando la historia juzgue no tus intenciones sino tus frutos, lo único que quedará será si supiste amar de verdad, si supiste servir sin servirse, si supiste ser grande haciéndote pequeño, si supiste ser líder siendo primero un hermano”

Al despertar, AMLO se encontró con el corazón acelerado y la mente más agitada que cuando tenía que explicar por qué no había funcionado ninguna de sus políticas públicas. Se preguntó si había escuchado la lección más importante de su vida, más valiosa que todos los consejos de sus asesores y más honesta que todos sus propios discursos.

En ese instante supo que la transformación verdadera no se gana con discursos que suenan bonitos ni con poder que corrompe, sino con amor sincero, sacrificio silencioso y una humildad que, para su horror, le resultaba más ajena que la honestidad fiscal.

Comentario final del Testigo-Narrador:

Así termina esta compilación de sueños y pesadillas políticas, donde la historia se convierte en espejo implacable y el poder se revela como un juego peligroso de sombras y autoengaños. AMLO soñó durante años con

ser el mesías que México necesitaba, pero en el juicio final de los grandes personajes de la historia universal, quedó dolorosamente claro que la transformación auténtica de un pueblo no es un destino que se alcanza con discursos populistas, sino una batalla constante y cotidiana entre la luz de la verdad y las sombras de la demagogia. Y en esa lucha eterna, la historia no perdona los errores ni aplaude las buenas intenciones, pero siempre observa con una sonrisa irónica de esfinge y una pluma tan afilada como la justicia divina.

¿Fin?

(O tal vez solo el comienzo de otra pesadilla política...)